

La Esfera



Año I * Núm. 41

Precio: 50 cénts.



RETRATO DE DOÑA FELICIANA BAYEU.—Cuadro de Goya, que se conserva en el Museo del Prado, de Madrid

R. 45.476

Handwritten decorative flourishes at the top of the page.

No hay duda...
Perfume de
HENO de PRAVIA.
Carta de mi adorado
tormento.



Ehrmann.

IMPRESION DE LA FOTOGRAFIA...—Cada uno de ellos, que se conserva en el Museo del Prado, de Madrid.

Año I

10 de Octubre de 1914

Núm. 41

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



GENERAL RUSSKY

DIBUJO DE GAMONAL

Que manda en jefe el Ejército ruso de operaciones contra los austriacos, y al que ha sido atribuida la ocupación de la ciudad de Lemberg

DE LA VIDA QUE PASA
LA AGONÍA DEL BUFÓN

ENTRE el farrago pesado y fatigoso de telegramas de la guerra que publican nuestros diarios, encuentro la noticia de que en uno de los combates habidos en las cercanías de San Quintín, ha muerto Max Linder, bufón popular, pelicularo famoso. Espero al día siguiente ver la noticia cruel rectificada como tantas otras, pero los periódicos no han vuelto á hablar de este hombre singular que reúne en un solo arte las habilidades todas del mímico, del comediante, del payaso, del acróbata y del poeta. Me queda todavía la esperanza de que ese telegrama sea el reclamo de una nueva película cinematográfica, en la que Max Linder habrá hecho de su propia muerte una bufonada más. Pero si se confirmase la noticia, sería este suceso uno de los mayores desastres de la guerra, porque Max Linder era un glorioso fabricante y exportador de alegría.

Puede el cañón destruir pueblos y aldeas que han de reconstituirse; puede arrasar campos sembrados que al año siguiente darán más próspera cosecha; puede derruir una fábrica de cerámica, de azúcar ó de bicarbonato de sosa, porque allí se alzarán más pronto ó más tarde otra fábrica y nuevos obreros volverán á dar esmaltes á las tierras cocidas, á cristalizar el jugo de la remolacha ó á quintaesenciar el sodio, pero ¿quién conoce en el mundo la fórmula química que produce la alegría? ¿qué arquitecto podrá alzar una fábrica donde se produzca, ni qué ingeniero podrá decir cuáles son las retortas, filtros y máquinas que han de reunir y transformar sus componentes?

Y Max Linder era eso: un misterioso alambique donde se destilaba la alegría; una alegría bonachona y desacordada, entre infantil y cazarra, que hacía patear de gusto y de contento á nuestros chiquillos y á nuestras mujercitas y que á nosotros mismos, varones sesudos, nos obligaba á desarrugar el ceño y muchas veces, rendidos ya á su arte, á reír á carcajadas. ¡Y en nuestra edad, en que la vida nos acogota y nos flagela, hacer reír es una de las mayores obras de misericordia!

¡Sarcasmos de la guerra! Las fraguas de Vulcano, donde se forjan las corazas y los yelmos, y se templan las espadas y las lanzas, no están ya en los subterráneos donde Velázquez las pintara. Se han acomodado en los elegantes despachos de las cancillerías. Allí acuden, en demanda de armamentos, todos los egoísmos de cada nación; las codicias de capitalismo insaciable, las soberbias del imperialismo, las ambiciones del militarismo, las intransigencias del creyentismo, las inquietudes de los bandos políticos necesitados de halagar las estulticias populares...



MAX LINDER
Célebre artista de cinematógrafo, de quien se ha dicho que ha muerto en la guerra

¡Todos piden la guerra! Entre tanto el pobre farandulero, cómico ó payaso, juglar ó acróbata, jugador de manos ó domador de fieras, atento á su arte, dedicado únicamente á inventar y ensayar nuevas trapacerías, va de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, haciendo reír á las gentes, emocionándolas, conmoviéndolas. La alegría, que es la hermana menor de la locura y la hermana mayor de la virtud, es su inseparable compañera. Al pobre farandulero no se le ocurre jamás que para reír, para ser bueno, para ser feliz sea necesario forjar armas y declarar la guerra á pueblos hermanos. El no padece egoísmos ni codicias, ni ambiciones, ni intransigencias, ni soberbias, ni turban su sueño más inquietudes que la añoranza de una gratitud que las gentes, después de reír, de alegrarse, de gozar, gracias á él, lo más sano de la vida, le regatean. Porque como el juglar antiguo, el oficio de farandulero y de bufón, es un oficio infamante y desdeñable.

Y de pronto, en el recodo de un camino, en el refugio de una posada ó una venta, se le detiene y se le dice que debe ser soldado, que debe tomar un fusil y acudir á la guerra. ¡Imagínate qué ráfaga de alegría entra con él en el cuartel! ¡Es el payaso que trabajó en la plaza del pueblo! ¡Es el comediante que armó su retablo en los días de la feria! ¡Es el acróbata que vimos en la ciudad! ¡Es Max Linder, el famoso, el que inventa y ejecuta bufonadas en las películas del cinematógrafo y ha hecho desternillarse de risa á toda la chiquillería del mundo! Y se le exige que vestido de soldado, con el alma entristecida viéndose enjaulado como un pájaro, cante, recite, baile, haga piruetas. Y luego, en las marchas fatigosas, es preciso que anime á los muchachos, que les haga reír, que les divierta y les distraiga. Y, al fin, en la trinchera, cuando el cañón truena, cuando se advierte cómo el enemigo aquilata la puntería de sus fusiles, cuyas balas rebotan en la tierra cercana, cuando todos piensan en los padres y en la novia, el bufón debe acordarse sólo de su oficio. El oficial, buen psicólogo, ha hecho del pelicularo su mejor auxiliar. Y á cada estampido, el oficial grita:

—¡Muchachos, calma, serenidad!... Y tú, bufón, dinos algo. Haznos reír. ¡Imagínate qué película están perdiendo los cines de Europa!

El juglar cumple su oficio. Aquella es una trinchera de valientes, porque en medio del combate están los hombres riendo. La muerte se va acercando temerosa. Ella misma se espanta advirtiendo aquella ráfaga de alegría en medio de la desolación de la batalla.

El oficial, enardecido, viendo el valor de sus soldados, no cesa de repetir:

—¡Bufón, canta... Bufón, recita... Bufón, haznos reír!

La muerte lo ha oído; ha conocido á aquel hacedor de alegría y llega hasta él en la caricia feroz de un balazo. El bufón, acostumbrado á fingir la muerte, hace al sentirla su última pirueta y cae pesadamente. ¡Y todos rien!

—¡Bufón, otra vez!—gritan todos.—¡Bufón, canta!

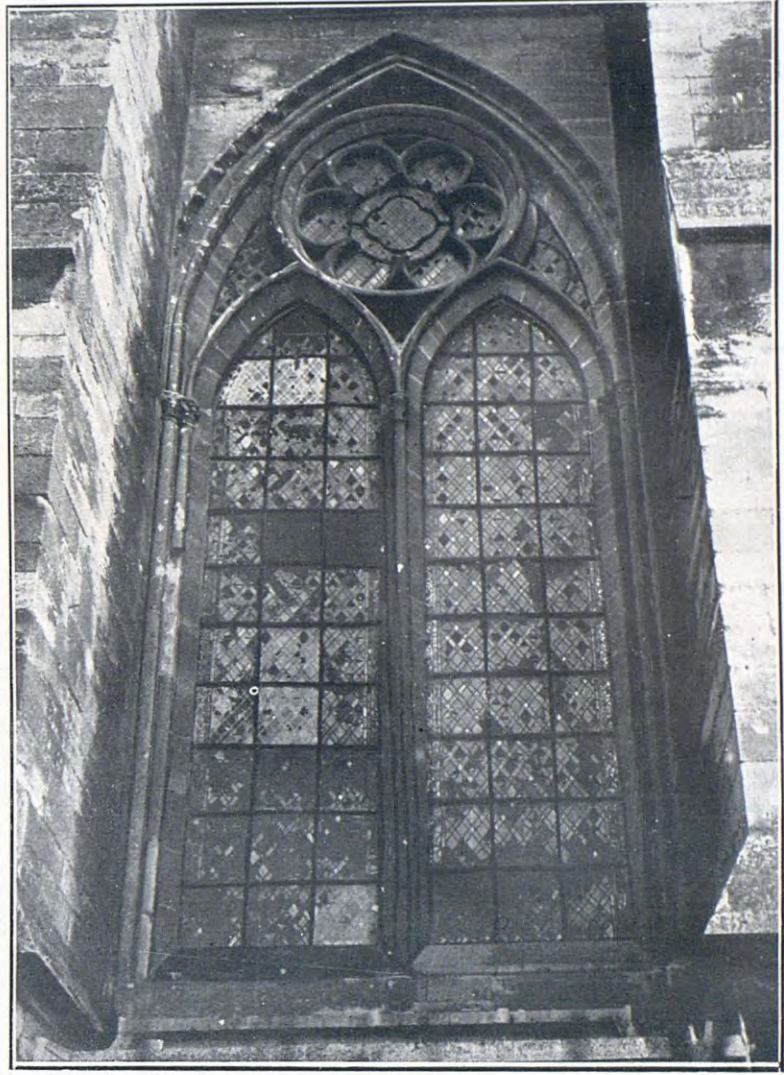
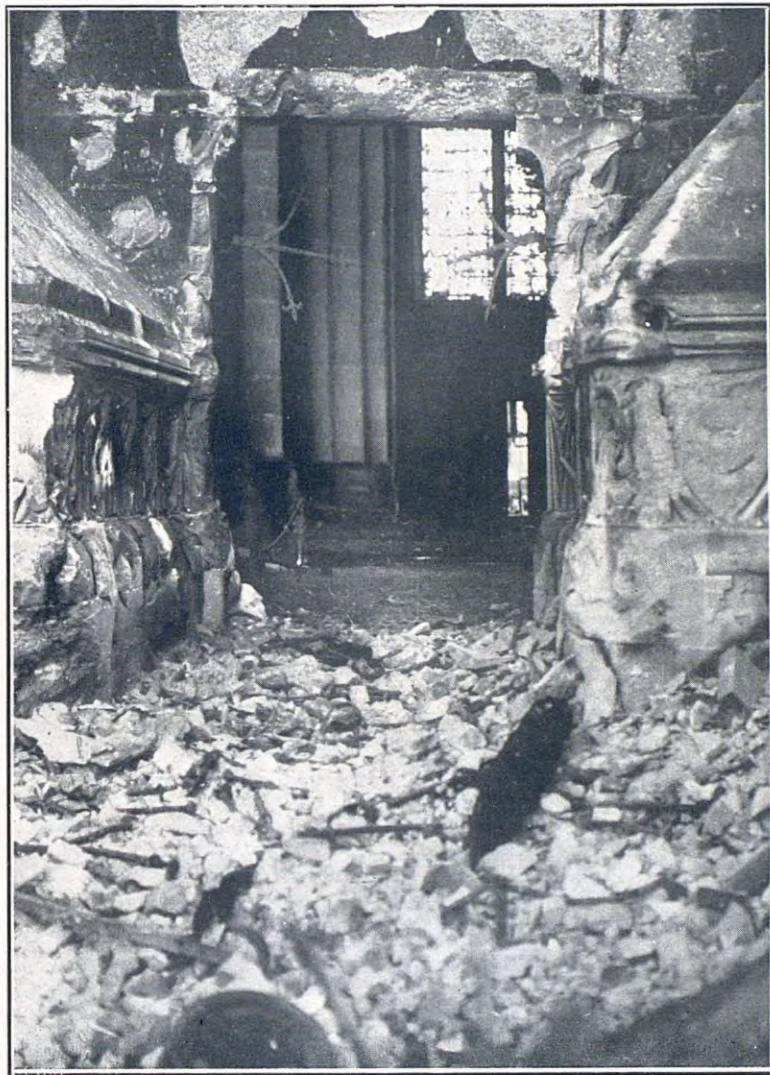
El comediante muerto queda olvidado á poco. Otras balas van arrojando heridos al fondo de la trinchera. ¡Así, cuántos juglares y faranduleros, cómicos ó payasos, pelicularos ó acróbata habrán caído entre las filas de los combatientes! ¡No se preocupaban más que de su arte, de inventar y ensayar nuevas trapacerías para hacer reír á las gentes y la guerra con un cruel sarcasmo se los lleva al más allá donde el arte y el ingenio no sirven para nada!

DIONISIO PÉREZ



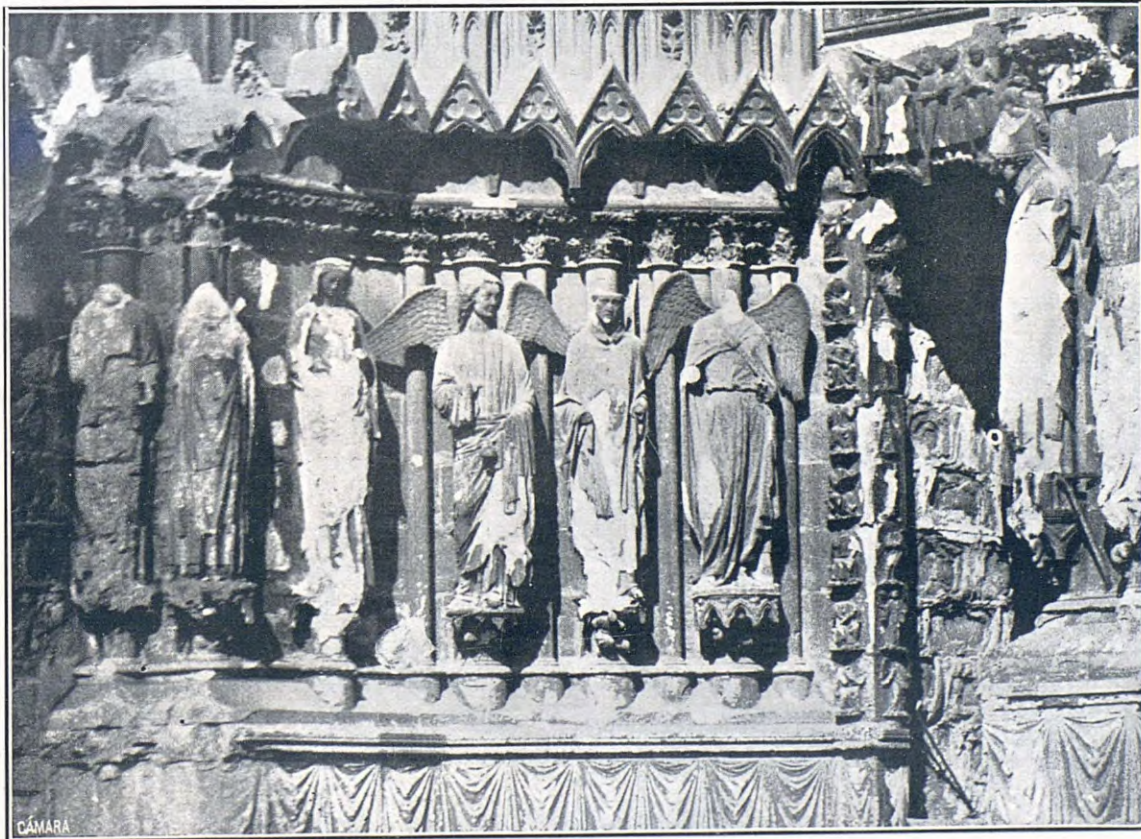
Max Linder en dos escenas de sus más famosas películas

LA DESTRUCCIÓN DE LA CATEDRAL DE REIMS



Destrozos causados por la artillería alemana en una puerta y en una vidriera de la Catedral de Reims

La comisión oficial francesa designada para examinar los daños causados por el bombardeo de Reims en su maravillosa Catedral, ha dictaminado lo siguiente, según nota facilitada por la Embajada de Francia en Madrid: «El portal de la izquierda está totalmente calcinado, así como la mayor parte del portal central. Sus admirables frontones, *La coronación de la Virgen* y *La Crucifixión* están perdidos. Ahí, como en todas las partes del edificio donde el incendio se ha cebado, las estatuas, las molduras de las oívas y de los rosetones, todo está calcinado; la mampostería se ha agrietado; nada podrá ser salvado de esas maravillas. Las vidrieras están destruidas; las campanas aplastadas ó fundidas. Las gruesas



Detalle de los destrozos causados en la fachada

planchas de plomo de la techumbre han sido volatilizadas por la fuerza del fuego, y no queda el menor vestigio de la armadura de madera de todo el edificio, ni la linterna alta de 18 metros, que se alzaba en el centro de su bóveda central. Las bóvedas que de milagro no han sido hundidas no resistirán á las filtraciones del invierno».

Frente á estas declaraciones de los técnicos franceses, otras del Estado Mayor alemán atenuan los destrozos originados por el bombardeo, asegurando que no tienen la importancia que las informaciones de origen francés les han atribuido. Mas á decir verdad, las fotografías adjuntas, relativas al preciado monumento, más parecen dar razón á los dañados que á los sitiadores.



Alejandro II de Rusia



Federico Guillermo III de Prusia



PÁGINAS HISTÓRICAS

1814-1914

Los alemanes que no habían previsto muchas cosas de las que se han verificado en la presente campaña, habían llevado sin embargo su previsión hasta los mayores extremos en algunas menudencias y detalles. Así, han visto los franceses con cierta sorpresa, y acogiendo el hallazgo como un regalo de la santa ironía, que un prisionero germano llevaba sobre sí un lote de condecoraciones para conmemorar su entrada en París. Y sobre esas crucecitas de hierro grabadas estas fechas: 1814-1914.

No citaban el año 1870, como pudieran haberlo hecho, sin faltar á la verdad histórica, y en cambio señalaban el año actual para cerrar el ciclo secular, desde la entrada de los prusianos en la capital de Francia, después de la derrota de Napoleón, y coincidiendo con la vuelta de los Borbones.

No ha querido el destino favorecer á los tudescos en la centuria que corremos. Pero si los prusianos tuvieran buena memoria, podrían recordar que la entrada de su Rey en París, al inaugurarse el reinado de Luis XVIII el Deseado, no tuvo nada de brillante para que mereciera ser conmemorada al ser cumplido un siglo desde entonces.

Era el Emperador de Rusia quien verdaderamente triunfaba, y era á él á quien París acogía como un simpático vencedor. Sin él, no hubieran conseguido el Monarca de Prusia y el Emperador de Austria, los enemigos de la Rusia de ahora, obligar á París una capitulación.

Aquel José Bonaparte, que había sido Rey de España, asumía, por ausencia de su hermano, el cargo de presidente del Consejo de Regencia, y á él competía, por lo tanto, la defensa de París. Pero el ex-Rey José era un buen hombre, que no servía para aquella tarea heroica. Los aliados habían abordado la capital por el Norte, con el fin de hallarse protegidos por el Marne, en caso de un ataque por parte de Napoleón, y poder buscar refugio en los Países Bajos. Es decir, el mismo campo de acción donde se ha desarrollado una de las últimas grandes batallas.

Llegado el día del ataque á París, los mariscales no encontraban á José por parte alguna, y le buscaban en vano desde Montmartre al Bosque de Bolonia. Era la una de la tarde cuando dió señales de vida, comunicando al general Marmont una orden del Emperador para que se evitasen á la gran ciudad los horrores de un sa-

queo. Esto equivalía á consentir en capitular; Marmont envió un parlamentario al Czar, y aquella misma noche firmábase la capitulación en la casa del general.

Las tropas victoriosas acampadas en Montmartre, pasaron la noche de fiesta, cantando y bailando. Hicieron llevar bebidas y vituallas, y todo lo pagaban religiosamente, sin que ni entonces, ni después en el centro de la ciudad, se registrara ningún acto de pillaje. Al día siguiente, los cosacos rojos de la guardia entraban por la puerta de Pantin. Iban precedidos por la trompetería y formados en filas de quince hombres. Luego venían los escuadrones de coraceros, los húsares, los voluntarios de la Guardia Real prusiana, después los húsares y voluntarios de la Guardia Imperial rusa, y detrás de ellos el Czar Alejandro, que llevaba á su derecha al Príncipe de Schwarzenberg, representante del Emperador de Austria, y á su izquierda al Rey de Prusia, Federico Guillermo III, y siguiendo á los soberanos entró una brillante y copiosa representación de sus ejércitos.

Desfilaron por la calle del arrabal de San Martín, y entraron á los bulevares por la puerta de San Dionisio. Llegados á los Campos Elíseos, tuvo lugar la gran revista pasada por los dos Monarcas y el Príncipe austriaco, quienes se situaron á la altura del Palacio del Elíseo, al lado derecho de la Avenida. Una enorme muchedumbre se agolpaba para verlos, y había mujeres que se encaramaban en los caballos de los cosacos para ver mejor el espectáculo.

Nadie diría que eran los triunfadores que entraban en la capital del país vencido, sino los mejores amigos que venían á traer la paz. Y así era en efecto. Pero todos los elogios, todas las simpatías eran para el Czar, quien al continuar su estancia entre los parisienses, llegó á hacerse querer por su bondad sostenida, y esa cortés afabilidad que tanto encanta á los franceses. Además se le amaba por la moderación que había impuesto á sus tropas, tanto más de agradecer cuanto que el ejército francés había llevado recientemente la ruina y la devastación á Rusia, y cuanto hubiesen hecho en Francia los soldados del Czar no habrían sido más que represalias.

En cambio, cuando llegó el Emperador de Austria, le recibió la general antipatía, y existía para ello una razón sentimental. No se vió en él

al Soberano que venía al país de las armas derrotadas; no vióse en él más que á un mal padre, que entraba soberbiamente en la capital que su hija, la Emperatriz María Luisa, acababa de abandonar de una manera precipitada y cruel. Y en cuanto al Monarca alemán, paraban tampoco mientes en él y era tan poco airosa su figura, que todos cuantos le veían al lado de Alejandro I, le tomaban por uno de sus ayudantes.

Véase cómo no hay motivo para que el orgullo germano quisiera festejar en su centenario la fecha de 1814. Dióse por cierto entonces una función de gala en el Teatro Francés, en que la sala estaba brillantísima y atestada de gente. Talma tomaba parte en la representación. El Czar y el Rey de Prusia asistían juntos á ella, y como siempre, el Emperador ocupaba el sitio de la derecha. La puerta del palco estaba abierta, y una gran cantidad de público se agolpaba ante ella, para ver á su buen enemigo. Algunas señoras, llegaron á asomarse al interior, y unos niños, más atrevidos, consiguieron, por privilegio de su edad, penetrar hasta dentro y recibir las caricias de Alejandro I, que besó á todos. Ningún halago recibieron del prusiano; bien es verdad que tampoco se dirigieron á él para dedicarle el cariñoso homenaje de su visita.

Representábase *Ifigenia en Aulida*; Talma hacía de Aquiles, y el público subrayaba y aplaudía algunos pasajes que pudieran servir como alusivos al Emperador Alejandro, hacia el cual se volvían todas las miradas, viéndose obligado el Czar á levantarse, con una gran frecuencia, para saludar al concurso. Y, entre tanto, el Rey de Prusia permanecía allí á su lado, un poco violento, al ver que en toda aquella apoteosis no había nada para él.

Mientras se comentaba la llaneza y la vida de verdadero demócrata, que hacía el autócrata ruso, nadie tenía un rasgo que contar, ni que elogiar, del Monarca prusiano. Su fracaso fué absoluto, y no es, por consiguiente, una fecha gloriosa, digna de solemne remembranza la de su entrada en París, que por otra parte no hubiera tampoco conseguido verificar de no ir al lado de las huestes formidables que venían de Rusia, como las que actualmente avanzan con tan irremediable empuje por la tierra teutona.

PEDRO DE RÉPIDE

DIBUJO DE MARÍN

ECOS DE LA GUERRA
LA CÁTEDRA ROJA

CONCLUIDAS las vacaciones veraniegas reanúdase la actividad en Institutos y Universidades. Vuelven los estudiantes a las aulas, para aperebirse en ellas contra la ignorancia que fué siempre uno de los mayores enemigos del mundo. Catedráticos y escolares, entregados a diversas y siempre nobles disciplinas mentales, trabajan ya para el mejor conocimiento de cuantas Ciencias y Artes estudian la vida, con el fin de hacerla moral y materialmente fecunda, próspera y venturosa.

Pero toda enseñanza necesita, si ha de ser útil, la compañía, el apoyo y la comprobación de la realidad. Cuando la voz del aula está contradiada por la de la vida práctica, no es eficaz. Lección que no logre el asentimiento de los hechos, es lección perdida. Por lo mismo cabe sospechar que en las presentes circunstancias, profesores y escolares en vez de sentir, como antes, regocijo grande al ponerse en contacto con las ideas, sufrirán verdaderas penas, viendo cómo van por un lado los libros, con todas sus teorías hermosas, sus doctrinas edificantes, sus advertencias humanitarias, y por el otro, los hombres, impelidos por apetitos, pasiones y soberbias tan brutales como omnipotentes.

¿Se enseñará en estos días, ocupados por sangrientas hazañas, algo que no encuentre negativas ó contradicciones en los sucesos palpitantes? ¿Cómo se podrá llevar a los cerebros juveniles fe, entusiasmo y amor hacia principios que desmienten en los campos de batalla los más preclaros elementos directores de los más cultos y progresivos países?

Por de pronto ya no hay posibilidad de enseñar Geografía política de Europa, porque ahora casi toda se halla en entredicho. ¿Cómo señalar fronteras que acaso hayan de alterarse dentro de unos meses? ¿Quién define grandes imperios, ahora jactanciosos, que pueden quedar convertidos en minúsculos Estados, ó poderosas repúblicas, que acaso se truequen en dictatoriales imperios? Las armas están preparando una gran transformación del mapa. Límites, idiomas, instituciones, todo puede quedar modificado cuando el silencio de los fusiles permita oír a los representantes de los pueblos a la sazón en lucha. Lo inmenso es posible que concluya en insignificante y no cabe tampoco hablar de riquezas naturales ó producidas por el trabajo del hombre, pues tras la mayor refriega que conocieron los siglos, Dios sabe cuál será la suerte de las grandes fortunas, lo mismo individuales que colectivas.

¿Quién puede ya anunciar la existencia en determinados lugares de prodigios artísticos, si la acción guerrera, en unas cuantas horas, reduce a polvo lo que en centurias alzó la portentosa habilidad de los hombres? Háblese a los alumnos de edificios, de cuadros, de esculturas que permanecían incólumes, al través de las edades para producir en todos profundas emociones; hablen de ello y se sufrirá el sonrojo de confesar que en tiempos bárbaros se hizo ó se conservó lo que en los civilizados se ha convertido en ruinas, ó en pavesas a fuerza de cañonazos.

Al hablar de Historia, no se comente con aspepeza el que en lo antiguo todas las contiendas se dirimiesen con sangre, ni se pinten con acusadoras acentuaciones los cuadros horribles de grandes matanzas y de espantosos estragos, porque a los de antaño, los empequeñecen estos de hogaño, causados después del engrandecimiento con que la Humanidad dijo, y aún dice, que no hay soberanía temporal que se atreva con la de la razón y que en la Tierra ya no puede prevalecer nada que pugne contra el Bien y el Amor de los hombres de buena voluntad.

¿Cómo cantar el progreso cuando se asiste a una inmensa, terrible, destrucción decretada por poderosos que, como si aspirasen a la anulación de Dios que convirtió la Nada en Mundo, quie-

ren trocar el Mundo en Nada? Aconsejemos a la juventud el estudio, la perseverancia para ir transformando por medio del deber y la industria toda la energía de la Naturaleza en provecho del hombre, y cuando salgan de las aulas, de los laboratorios ó de los campos de experimentos, se encontrarán los escolares con que muchas verdades se explotan para contruir armas de guerra, convirtiendo así la Ciencia en parricida.

No serán tampoco dichosos con sus investigaciones los alumnos de Medicina dispuestos a conocer las maravillas del organismo humano y de su funcionamiento. Escudriñarán el cuerpo no sólo a simple vista, sino examinando célula a célula, las de sus tejidos, y más tarde, averiguando el por qué y cómo el sistema nervioso, aparatos circulatorio, respiratorio y digestivo, huesos, articulaciones y músculos, producen el conjunto admirable de la vida humana.

Todo ello lo saben los maestros y lo aprenden los discípulos para dilatar en lo posible la existencia, para evitarle riesgos procedentes de los

parapetos, destruyendo a millares de hombres que se creían fuera de todo peligro?

Esfuérzate, cirujano, en inventar medios que supriman el dolor en las manipulaciones cruentas y recursos que hagan posibles todas las audacias del bisturí; a la vez que los tuyos, existen los del arte de la guerra que aguja el ingenio y con el concurso de la mecánica y el conocimiento de las reacciones químicas, logra utilizar proyectiles que multiplican los irremediables destrozos.

La tarea de los escolares de Derecho, será sin duda en estos tiempos aun más desconsoladora. ¿Derecho, amparo de la razón, refugio del débil contra el fuerte, baluarte de la justicia, apoyo del desvalido, fuente de dignidad para el hombre, acento de Dios en la tierra para impedir que las iniquidades satisfagan sus antojos ó sus apetitos! ¿Quién puede hablar de tí en los actuales aciagos días?

Si se trata del Derecho internacional, suena a burla solo el mentarle. Después de la ocupación de Bélgica, de los mil episodios luctuosos de la lucha que ahora se libra, ¿quién es capaz de traer a cuento las relaciones que establecidas entre unos y otros países pueden garantizar la integridad de cada uno y el libre desenvolvimiento de todos?

¿Derecho internacional, cuando los cañonazos ahogan el clamor de sus cláusulas, los ejércitos beligerantes pisotean sus dictados y los mandatos de los caudillos valen más que cuantas conferencias, tratados y convenios puedan celebrar y convenir los pacíficos y refulgentes diplomáticos! El Derecho internacional sufre la misma suerte que el penal ó civil.

No matarás dice con el decálogo la ley. El que asesina, el que hiere premeditadamente en riña ó como fuere, sufrirá proceso y castigo. Ahora que el asesinato con premeditación, la violencia con agravantes, si se practica en colectividad al frente de una nación, ya no tienen ni tribunal que los juzgue—salvo el dictado de Dios—ni leyes que los castiguen.

Propiedad, sagrada propiedad puesta en seguro por los códigos, podrás vivir tranquila contra las asechanzas de particulares, pero el día que la guerra estalle no cuentes con la coraza de la ley porque no sirve de nada ante la necesidad ó el deseo de invasores victoriosos.

Dígas, pues, si las circunstancias actuales no incitan a considerar que a ratos tendrán sabor de escarnio las enseñanzas de maestros y de libros. En las aulas se habla de lo que la realidad desmiente y en el centro de Europa se ha abierto cátedra para enseñar al Mundo que la guerra ejerce imperio cuando parecían indestructibles los de la bondad y de la justicia. Hasta los grandes inventos y las conquistas científicas maravillosas pueden aparecer con carácter repulsivo. Los ingenieros logran dominar en el aire como en el suelo y cuando aún no está consolidado el imponderable triunfo, ya es arma de guerra. Se tiñe de sangre el legítimo orgullo con que el hombre se lanzó a buscar el espacio para unir más a los pueblos, no para procurar su mutuo aniquilamiento. El aeroplano ya no es ave enaltecida del progreso, sino que parodiando el célebre verso de la décima calderoniana, puede asegurarse que es una bomba con alas.

En las Escuelas, Institutos y Universidades se habla de lo que niegan, en la realidad de ahora, quienes tienen como deber dirigir y conservar los pueblos. No se extrañen, las personas directoras, de que las dirigidas recojan del vivir lo que puede inducirles a la violencia. Maldita cátedra la que explica con hechos, cómo ante la voluntad de la fuerza, nada significa la de la razón. Día feliz aquel en que puedan los maestros hablar a los discípulos de los infinitos bienes recogidos por la sabiduría, sin que las lecciones de la paz queden borradas con las bárbaras lecciones de la guerra.

J. FRANCOS RODRÍGUEZ



La semilla de la ruina y la desolación. Proyectiles abandonados en el campo de batalla. FOT. CHUSSEAU-PLAVIENS

infinitos enemigos que la acechan. El higienista dicta reglas, para que cada vez sea menor el número de individuos eliminados de la sociedad por los agentes mortíferos; el médico y el cirujano se esfuerzan en conocer los males y en remediarlos. El uno pide a la química y a la física recursos con que reparar las flaquezas y deterioros de las distintas partes del cuerpo; el otro extirpa tumores malignos, modifica con diestras manipulaciones el modo de ser de los alterados tejidos y todos persiguen el propósito de que no enfermen los sanos, de que mejoren los enfermos, de que alejen la muerte los débiles. Todos aspiran a que se prolongue la existencia, a que aumente el número de habitantes en ciudades y campos. Misión más noble, más levantada, no puede encontrarse, pero ¡ay!, que de todos esos afanes de la higiene, de la cirugía y de la medicina, parece burlarse el cuento verídico de que cada día que pasa desde hace algunos meses, sucumben millares de hombres jóvenes, vigorosos, fuertes, lo más florido de sus países respectivos. Se hace una selección para ofrecer a la Muerte la verdadera semilla útil al medro de los pueblos, y se deja lo débil, lo anquilado, lo empobrecido. ¿Qué gran estímulo sentirá el escolar de medicina en sus amores a la ciencia, cuando considere que el ahorro de un año logrado por advertencias ó prescripciones facultativas lo consumen en un día unos cuantos generales puestos frente a frente en sus respectivos ejércitos! ¡No ceses, bacteriólogo, en tus tareas! Persigue al agente infeccioso, aíslale, atenuale, logra al fin vencerle. Con ello evitarás epidemias y ya no serán posibles las mortandades de la Edad Media, pero tu esfuerzo ¿de qué sirve si la guerra es una epidemia que acentúa sus rigores y ahora mata más que antes, pues a la vez que el laboratorio del bacteriólogo, guía del higienista, funciona el taller del mecánico para servir al soldado y hay cañones que se burlan de la distancia y de los

LA GUERRA EN LA FRONTERA GERMANO-RUSA



COMBATE ENTRE COSACOS Y "HÚSARES DE LA MUERTE", ALEMANES, EL

26 DE AGOSTO, EN SCHWANSFELD, ENTRE KORSCHEN Y BARTENSTEIN

LA ARISTOCRACIA INGLESA Y LA GUERRA



LA SOCIEDAD ELEGANTE DE LONDRES SE REUNE EN LOS JARDINES DE KENSINGTON A TOMAR EL TE. MIENTRAS SE CONVERSA ACERCA DE LA GUERRA, SE RECAUDAN FONDOS PARA EL SOSTENIMIENTO DE LA CRUZ ROJA

DIBUJO DE BLAMPIED



Aspecto del campamento de los repatriados españoles en Irún

FOT. VILASECA

UN REPATRIADO

CUAL es el bagaje de este repatriado que vemos sentado en el suelo con las piernas abiertas y agarrándose con ambas manos á la hierba como si sujetara las bridas de su caballo? Todos tienen su hatillo, su maleta, sus cuatro trastos. El no lleva nada. No tuvo que cargar con nada. La boina, los zapatos y el delantal, y aun no estoy seguro de que la boina sea suya porque parece demasiado grande.

Llegó en el tren con sesenta ó setenta compatriotas. Como estaba solo le cogió de la mano una muchacha de buen corazón y le llevó andando hasta los barracones de Irún. Allí es necesario dar el nombre, las últimas señas de la última residencia en el extranjero, la profesión ú oficio. ¿Qué era aquella muchacha? Yo creo que el inspector encargado de ir llenando las listas lo adivinó enseguida sin necesidad de preguntárselo. Suave y escurridiza de líneas; con una sonrisa servicial. Al decir su nombre—su verdadero nombre—y el lugar de su nacimiento, que era un pueblecillo andaluz, se ruborizó ligeramente. Luego se echó á reír.

—El niño no es mío—dijo.

—Pues, ¿dónde están los padres?

—Le traía un hombre que ha perdido el tren en Poitiers.

—Pues, quédese aquí el chico hasta que parezca ese individuo.

Como el niño se aburría viendo el desfile de sus compañeros de viaje, algunos tan desamparados como él, unos exploradores diminutos prestaron el servicio de llevarse al aire libre, darle un vaso de leche y unas pastillas de chocolate y dejarle luego sobre la hierba, jugando.

Y allí está, desafiando al mundo desde la altura de sus dos ó tres años. ¿Cómo le han educado? ¿Dónde ha adquirido esa impavidez? ¿Qué vida llevaría antes cuando parece tan feliz en esta hora de abandono? No llama á nadie; no se

acuerda de nadie; no ha llorado ni una lágrima... ¿Padre? ¿Madre? No necesita por lo visto más que de la tierra para sentarse, el aire para respirar y, como superfluidad y golosina, la pastilla de chocolate. Es un chicarrón fuerte. Tiene la mirada resuelta, descarada, pero no trata de familiarizarse como los niños consentidos, sino que se mantiene aparte, no poco huraño.

Probablemente habrá nacido en tierra extranjera. Las palabras que pronuncia no son españolas, sino francesas. Como él, ha perdido ya un poco de su nacionalidad la mayor parte de esta gente que vuelve á su patria huyendo de la guerra ¿Quiénes son? ¿De dónde vienen? Algunos emigran de la frontera suiza, de Alemania, de Bélgica; pero muchos, casi todos, llegan de París ó del *Midi*.

Una tribu de gitanos, cantadores y bailadores, toma por suyo el campamento y acepta la nueva emigración como si no fuera forzosa. Desenfundan las guitarras; tienden sus lios por el suelo; ellas se peinan á la vista de todos, en la fuente y después de arreglarse las greñas vienen despacio, cantando. Una familia que no ha podido traerse su menaje, no ha querido abandonar los pájaros y los trae á docenas en una jaula, ni el gato, que asoma los ojos y las uñas, levantando la tapa de la cesta. Hay francesitas, con su aspecto inconfundible, que siguen á los maridos en la repatriación. Hay gente maleante. Muchos han titubeado al dar su nombre y al decir su profesión, como los explotadores de niños en las cristalerías de Pont Avesnes. Otros han aprovechado la ocasión para el regreso gratuito y pisan encantados el suelo de la patria que les paga el viaje y les sostiene al llegar.

Un poco áspera tiene la mano esta patria, chabacana en los modales, pero en el fondo sencilla y familiar. En Irún recibe á los emigrados como buena madre. Es tierra grata, plácida, jugosa, tierra de huerto. Quizá en ninguna otra

parte de España pudiera darse á los repatriados la sensación confortante de la zona fronteriza, donde la severidad vasca está templada todavía por cierta brisa gascona ó donostiarra, del Mediodía francés ó de San Sebastián, la cosmopolita. Sus montes, lejanos, van á morir en las playas; por la carretera bien cuidada pasan ruidosos, audaces é independientes, los automóviles. Hojellitos, jardines, granjas; todo respira bienestar. El repatriado en Irún puede vivir tranquilo siquiera algunas horas, de tren á tren, aceptando una felicidad que no depende del dinero que lleve en el bolsillo sino de la virtud sedante del paisaje y de la tibia hospitalidad de la tierra y del cielo.

Y entre todos ninguno tan sabio como este niño que viene á una patria desconocida, expulsado de Francia por la guerra que se encargó de torcerle su destino. El mismo es un desconocido, el último, el más humilde desconocido. Si el azar lo quiere, nadie sabrá quién es y habrá aparecido entre nosotros como un enigma, un misterio, un símbolo. Será en España un hijo de la guerra, sin raíces, pero condenado á vivir en ella. ¿Qué suerte le aguarda? ¿Odiará la lucha sangrienta y contribuirá desde que tenga uso de razón á conquistar el ilusorio reino de la paz ó se hará fuerte y cruel en un mundo donde sólo pueden triunfar la crueldad y la fuerza?

El niño se levanta del suelo y dice dos palabras en castellano:—¡Quiero comer!—Le vemos buscar entre los grupos á sus amigos, los exploradores. Ha dejado en tierra la boina y se le desborda sobre la frente un revuelto mechón de cabellos negros y crespos. Los ojos, muy vivos, la nariz atrevida; puesto ya en pie, tiene el aire más audaz.

Es un buen aguilucho para la bandada de los conquistadores, un aventurero para la resurrección de Hernán Cortés.

Luis BELLO

LA DEFENSA DE LA FÈRE



UN EPISODIO DEL AVANCE ALEMÁN SOBRE PARÍS

El gran dibujante francés Paul Thiriat, reproduce en esta nota vibrante el dramático momento de ser sorprendidas por los alemanes las tropas del general Joffre en el pueblo de La Fère, al retirarse hacia París después de la batalla de San Quintín

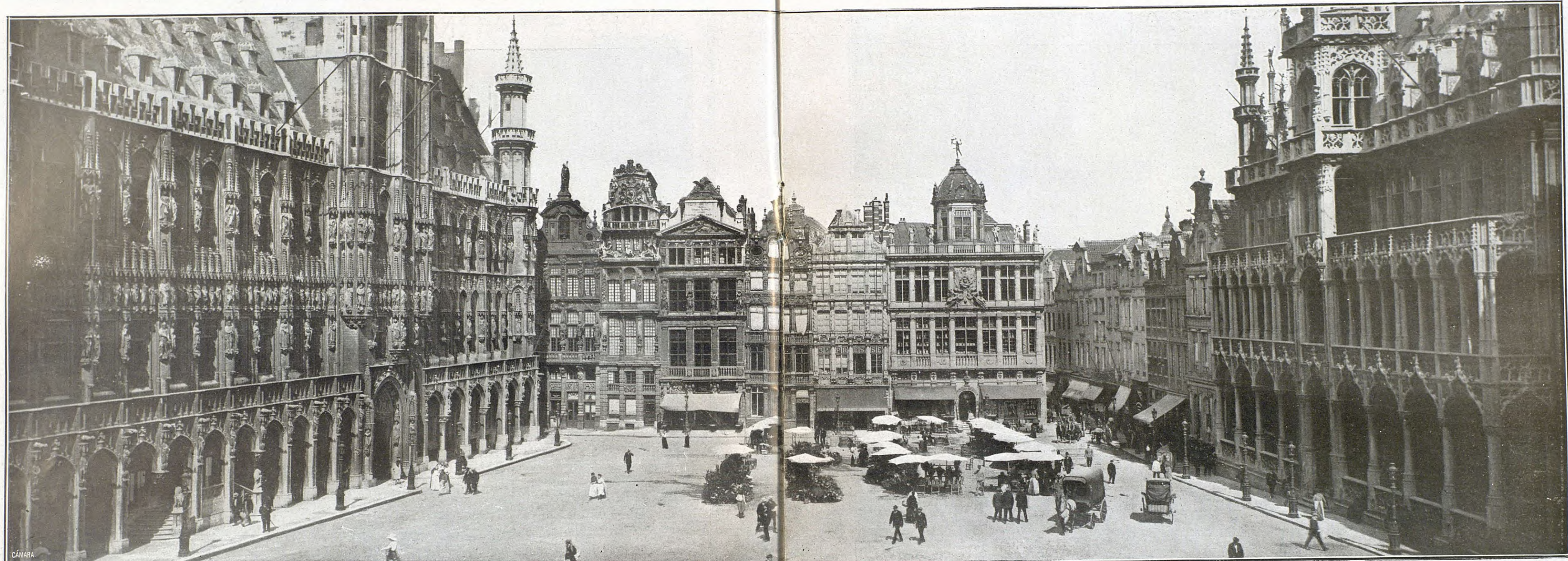
LAS ARMAS DEL TERROR



UN PERFECCIONAMIENTO DE LOS "ZEPPELINES"

Barquilla blindada de un "Zeppelin", que permite al dirigible, oculto por las nubes, explorar el campo enemigo y acercarse al blanco cuanto es posible para asegurar el efecto destructor de las bombas

LA GRAN PLAZA DE BRUSELAS



Vista general de la gran plaza de Bruselas, en la que existen tres de los edificios más notables de la población: la casa del Rey, el Ayuntamiento y el palacio de los duques de Brabante



Fachada principal de la casa Ayuntamiento

De todas las naciones que intervienen en el actual conflicto europeo, seguramente es Bélgica la que más simpatía disfruta. Nación eminentemente laboriosa y pacífica, ha visto su tranquilidad turbada por la invasión de su territorio. La valiente lucha sostenida contra el formidable ejército teutón, demuestra el amor que siente el belga por su suelo, sacrificando vida y hacienda por defender la independencia de la patria.

Por más que el belga no siente en su país gran atracción a todo lo que le parezca español, es de justicia consignar que dicha nación consituye, lo que puede llamarse, un modelo en todos los ramos de la actividad humana. Dotados sus ciudadanos de ese espíritu observador, tan peculiar en los franceses y no sintiendo temor de acometer empresas que puedan proporcionarles pingües rendimientos, aun cuando sea muy rudo el trabajo y alguno el riesgo que se corra, forman en su conjunto una raza que pudiera asimilarse a la de los antiguos fenicios. Así sucede, que no satisfechos con explotar las grandes riquezas que su suelo les brinda, descubren nuevos horizontes en donde desarrollar su actividad é inteligencia y en nuestra España múltiples empresas belgas han establecido su centro de operaciones, desarrollando, con fruto, la prosperidad del país. La que fué un tiempo posesión española, dirige hoy día parte de sus sobradas energías al engrandecimiento de la nación que fué su dueña.

Hemos dicho que los belgas sienten animadversión á todo lo que pueda recordarles España en su país. Desgraciadamente, la dominación española en los Países Bajos, en época de Carlos V y Felipe II, sólo se sostuvo á fuerza de un régimen tiránico y sanguinario, causante á la larga de la emancipación del pueblo y expulsión de los españoles, los opresores. Es natural, recordando estos hechos, la afirmación antes expuesta.



Palacio de los duques de Brabante

Uno de los hechos que les sirve de estandarte para este sentimiento, fué la decapitación de los condes de Egmont y de Horn, en la Grande Place de Bruselas, junto con suerte idéntica acaecida á veinticinco nobles del país por el supuesto delito de conspiración y rebelión. Esta célebre plaza, que tanto ha conservado el carácter de aquella época de dominación española, es una de las más bellas del mundo.

En ella se encuentran la Casa Ayuntamiento y las antiguas residencias de las corporaciones. La mayoría de estos edificios datan del tiempo de Carlos V y Felipe II, habiendo sufrido continuas restauraciones y variaciones. A pesar de estas demoliciones, que tanto han alterado la fisonomía de otras partes de la ciudad, ha conservado la plaza el carácter monumental de la Edad Media y de las construcciones del Renacimiento. Al atravesar las callejuelas que á ella conducen, como centro del Bruselas antiguo, siente el artista la emoción que produce la proximidad á todo monumento, ponderado como maravilla de la creación humana.

Contar los sucesos que en la plaza han tenido su escena, sería referir la historia toda de la ciudad. Cuantos torneos y procesiones históricas, lo mismo que cuantos acontecimientos políticos animaron la vida de la ciudad, tuvieron su centro y epílogo en la Grande Place.

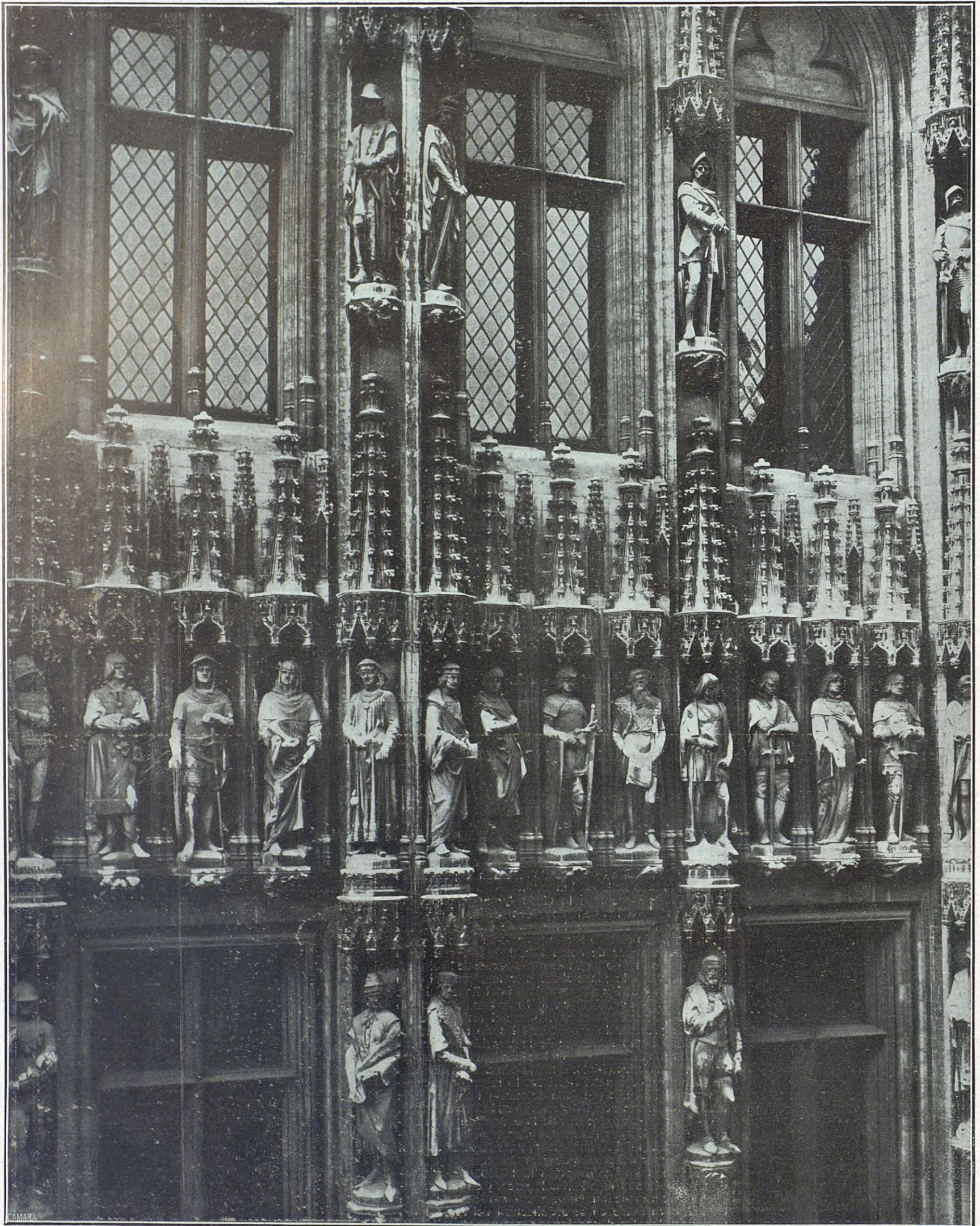
En los tiempos presentes de la ocupación de la ciudad de Bruselas por las tropas alemanas, ha sido elegido el edificio del Ayuntamiento para instalar en él el Estado Mayor del cuerpo de guarnición.

Señalamos hoy el Bruselas histórico, caracterizado en uno de sus más bellos lugares, y en otra crónica hablaremos de un monumento moderno de dicha ciudad, obra única en la arquitectura del siglo, tanto por sus colosales dimensiones como por su originalidad: del Palacio de Justicia.—J. CASAS



Fachada principal de la casa del Rey

LA ESFERA
MONUMENTOS ARTÍSTICOS DE BÉLGICA



DETALLES DE LA FACHADA DE LA CASA AYUNTAMIENTO DE BRUSELAS, UNO DE LOS MONUMENTOS MÁS NOTABLES DE AQUELLA GRAN CAPITAL, OCUPADA ACTUALMENTE POR LAS TROPAS ALEMANAS

PÁGINAS TRISTES DE LA GUERRA



Una calle de Termonde pocas horas después de haber pasado por ella las tropas beligerantes

LA DESTRUCCIÓN DE TERMONDE

ASARÁ esta espantosa oleada de sangre y fuego que la ambición de las naciones ha arrojado sobre Europa, y cuando ya el tiempo haya sedimentado los odios y los rencores, consignarán los historiógrafos los hechos de esta guerra, narrando serenamente, á la vista los documentos acopiados por su diligencia, cómo y de qué manera fueron desarrollando las dolorosas, cruentas, escenas de este gigante drama que nos fué dado á presenciar, por singular capricho del Destino, á los europeos de la vigésima centuria, en sus albores plenos de esperanzas de paz y de prosperidades de todo linaje.

Y al narrar esos hechos luctuosos, seguramente, la espantable destrucción de Termonde, la típica ciudad flamenca á orillas del Escalda, que asediara infructuosamente en 1667 el gran Luis XIV, pondrá en los puntos de sus plumas acentos de insuperable grandeza trágica.



Ruinas de un convento de Termonde en el que sólo quedó intacta una imagen de la Virgen
FOTS. CENTRAL NEWS

Y se sabrá cómo el incendio, determinado por los proyectiles de los belgas ó de los alemanes,—probablemente esto no lograrán nunca ponerlo bien en claro los historiadores—arrasó la urbe, devorando entre otras joyas del arte arquitectónico, la antigua iglesia de *Notre Dame*, que databa del siglo XII, el palacio del Ayuntamiento, de la décimoquinta centuria, cuyas elegantes líneas recordaban la construcción de la Casa Consistorial de Bruselas y el majestuoso edificio de la *Grande Garde*, de esbelta torre, desde la que se atalayaba la vega feracísima. Como narrarán el hecho sorprendente de que sólo se salvara del estrago esa bendita imagen de Nuestra Señora, que sobre el altar de una iglesia en ruinas, quedó intacta, las manos tendidas en dulce plegaria hacia el Todopoderoso, rogando por los hombres que en horas de locura olvidaron el divino precepto: ¡Amaos los unos á los otros!



Durante la terrible batalla de Mons-Charleroi, los heridos ingleses fueron cobijados en una pequeña iglesia rural, entre Le Cateau y Landrecies. Las granadas fueron á incendiar el improvisado hospital, teniendo que ser salvados precipitadamente los heridos, en titánica lucha con las llamas y la metralla. Nuestro dibujo representa este trágico episodio de la guerra

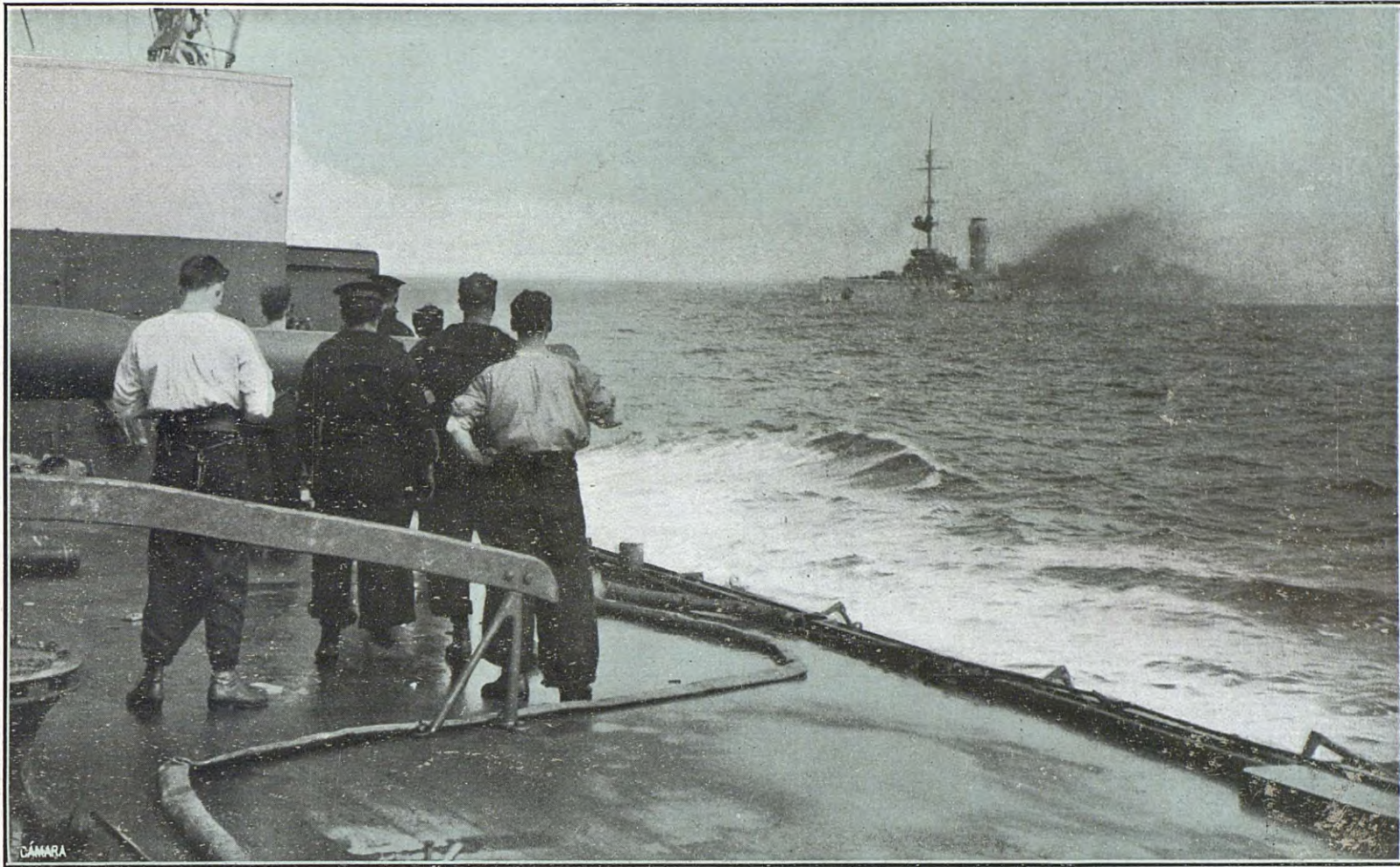
DEL VIEJO PARIS



LA TIPICA CALLE DE LA PARCHEMINERIE, AMENAZADA DE DESAPARICIÓN

DIBUJO DE TILLAC

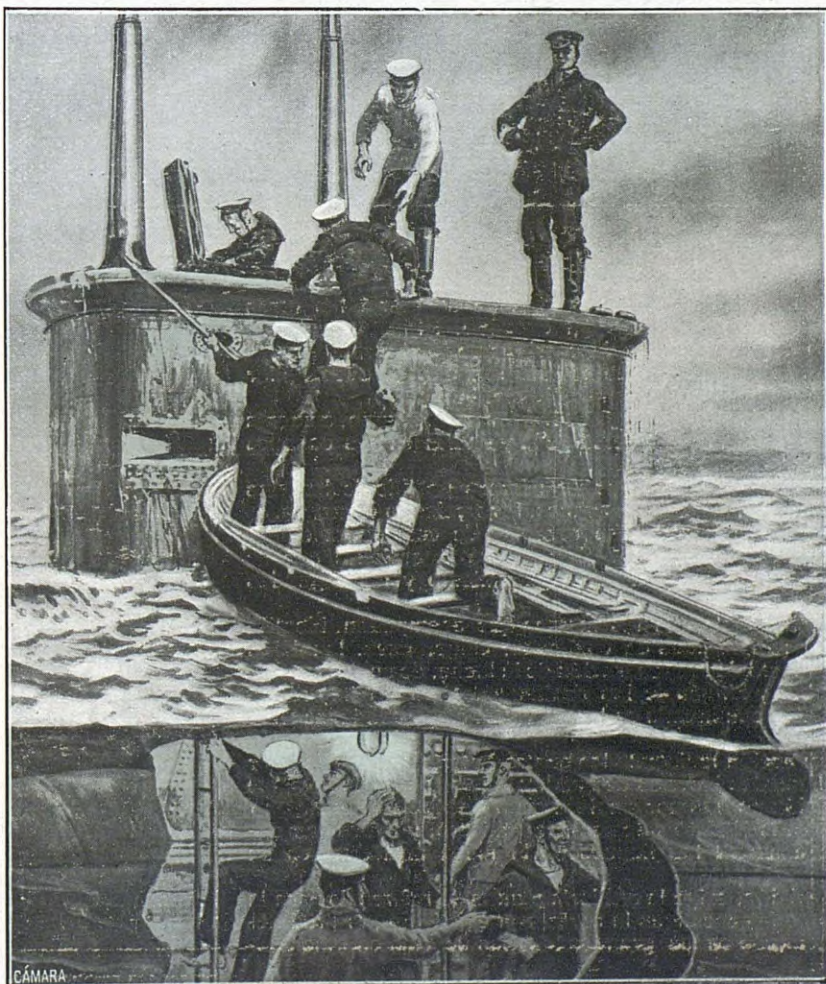
:: EL COMBATE NAVAL DE HELIGOLAND ::



Dstrucción del crucero alemán "Mainz", por la escuadra inglesa, en la batalla de Heligoland



El salvamento de los tripulantes de un crucero por el submarino inglés *E 4*, al día siguiente de la batalla naval de Heligoland, fué uno de los episodios más emocionantes del enconado combate entre las escuadras alemana é inglesa, en Agosto último. Es hazaña tan extremadamente romántica, que más se tendría por invención de novelista, á lo Julio Verne, que por hecho real, de no constar en los relatos oficiales enviados al Almirantazgo británico por el jefe de la escuadra. Destruído por el crucero inglés *Defender* un buque enemigo, arrió aquél uno de los botes, con sus tripulantes, para recoger á los supervivientes alemanes. No pudo lograrlo. Un crucero alemán inició la caza del *Defender*, y éste se vió forzado á abandonar los naufragos á su suerte. Fueron



Emocionante salvamento de varios tripulantes de un crucero por un submarino inglés, después del combate naval de Heligoland



horas de indecible angustia para los pobres marincs. ¡Solos, en la inmensidad del mar, sin víveres, sin medios de gobernar la nave, y á 25 millas de la costa, que era precisamente la costa enemiga! Al amanecer, y cuando el desaliento se había ya apoderado de los infelices, hubo un remolino en las aguas á pocos metros de la solitaria embarcación. Surgieron de las olas los periscopios de un sumergible, luego la torre, y después, á los pocos minutos, las figuras amigas de un puñado de bravos, que abrían sus brazos á los héroes. Era el submarino inglés *E 4*, encargado de vigilar la costa alemana, y que navegando bajo las encrespadas ondas del Mar del Norte, había divisado aquel lento agonizar de unos hermanos de armas y acudía á arrancarles de la muerte.



Demostración gráfica del empleo del aeroplano

como auxiliar de la artillería en el tiro indirecto

EN la guerra moderna la artillería tiene la complicada misión de auxiliar á las otras armas combatientes y de quebrantar la resistencia del enemigo. El fuego de cañón inicia la lucha, cuando la cortina de ginetes se ha descorrido una vez logrado el contacto, y el fuego de cañón pone final á la contienda ó conteniendo el empuje avasallador del contrario ó persiguiéndolo con su metralla para desmoralizarlo.

La invisibilidad que confiere á la situación de las baterías la pólvora sin humo, aumenta las dificultades para la graduación de las alzas y afinación de la puntería en los cañones enemigos.

La finalidad del tiro de guerra es poner en juego el mayor número posible de baterías para amortiguar los fuegos del contrario y dificultar su avance, favoreciendo el propio.

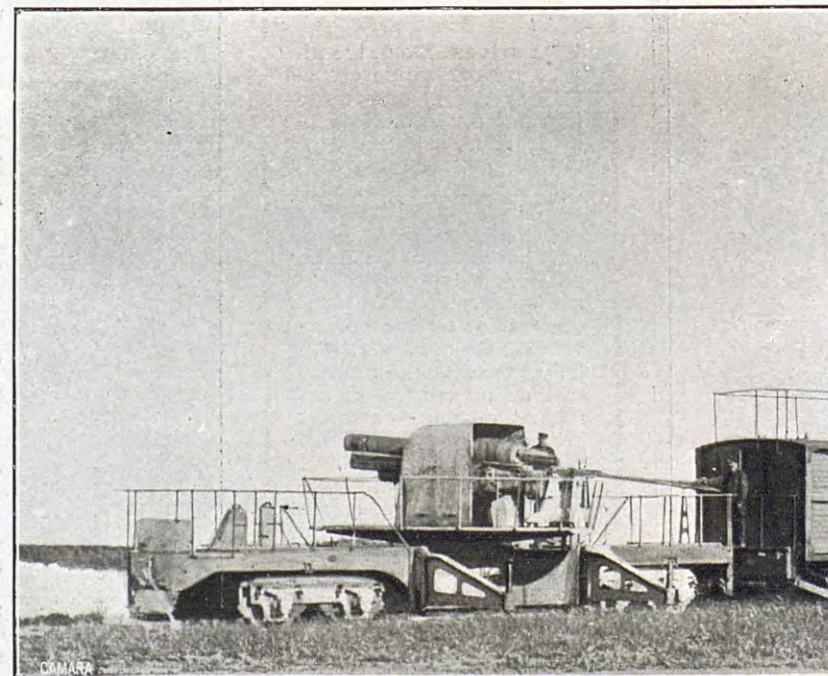
En la primera fase del combate pueden ser dos las misiones de esta arma: acompañar á la infantería ó caballería, protegiéndolas, ó luchar contra la artillería que se oponga á esta acción. Son las primeras baterías de acompañamiento y las segundas contra-baterías.

Aquellas deben compenetrarse sólidamente con las fuerzas que acompañan; identificando su pensamiento y manteniendo reciprocidad de confianza; exige, pues, la misión artillera en esta fase, el pleno conocimiento de la preparación de la lucha, de su desarrollo, de los avances, resistencias, obstáculos y fatigas de los asaltantes. Esto no hay reglamento que lo metódice; solo una práctica continuada en la paz y una ciega confianza en la guerra son claves de su éxito.

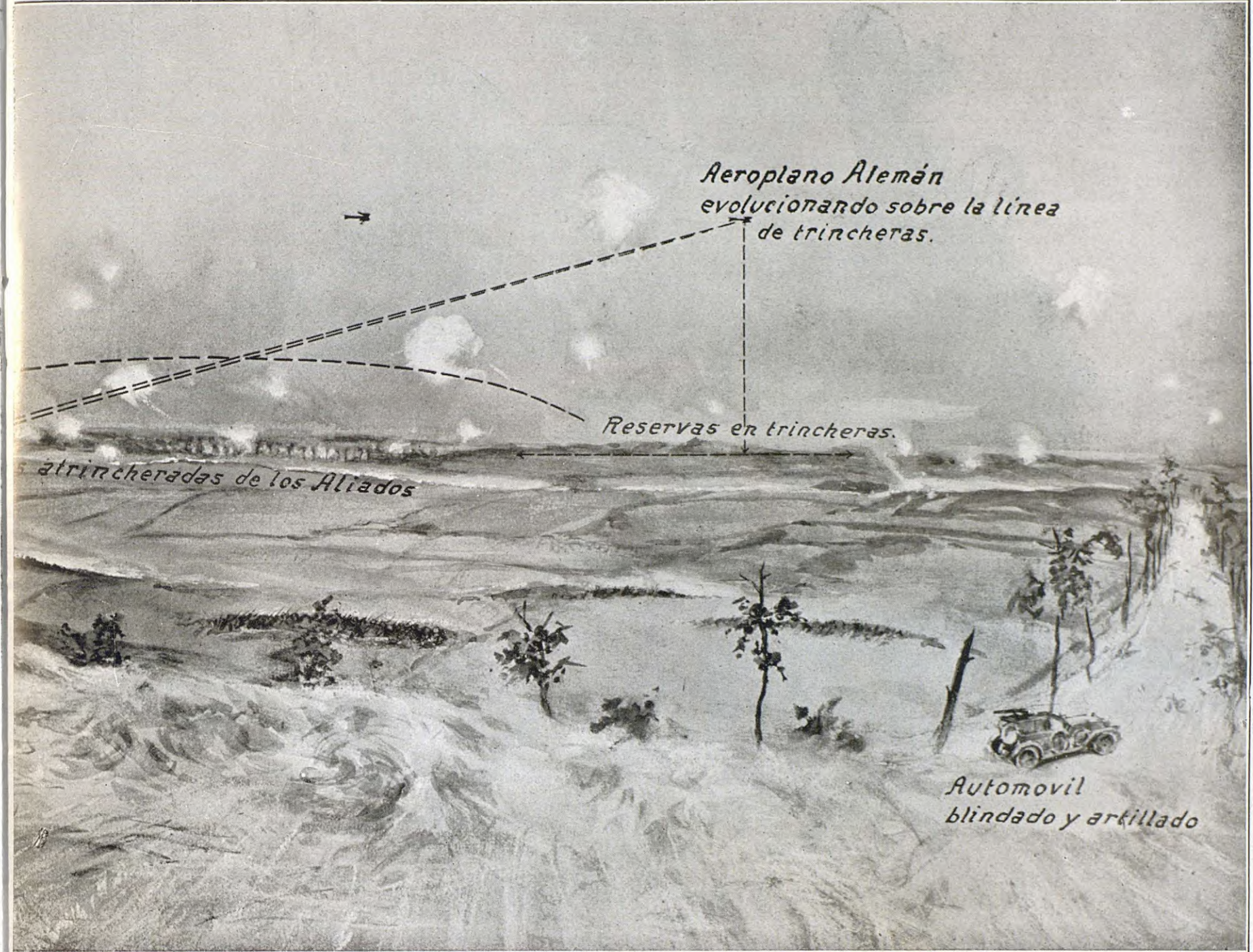
En el ataque decisivo continúan su acción resistente las contra-baterías; tratan de abrir brecha en la infantería contraria las llamadas baterías de brecha; acompañan íntimamente á la infantería en su avance á la posición para tomar emplazamiento sobre ésta al mismo tiempo é impedir todo retorno ofensivo, las baterías de acompañamiento, y tienen por misión detener todo contraataque que amenace los flancos de la masa asaltante, en su avance las baterías de contraataque.

Pero para realizar su complicada misión, exige la artillería puntos de referencia para la dirección de sus fuegos ya que las baterías enemigas la realizaron asimismo por tiro indirecto, y estas referencias las han facilitado en las grandes batallas de esta enorme contienda el aeroplano y el teléfono.

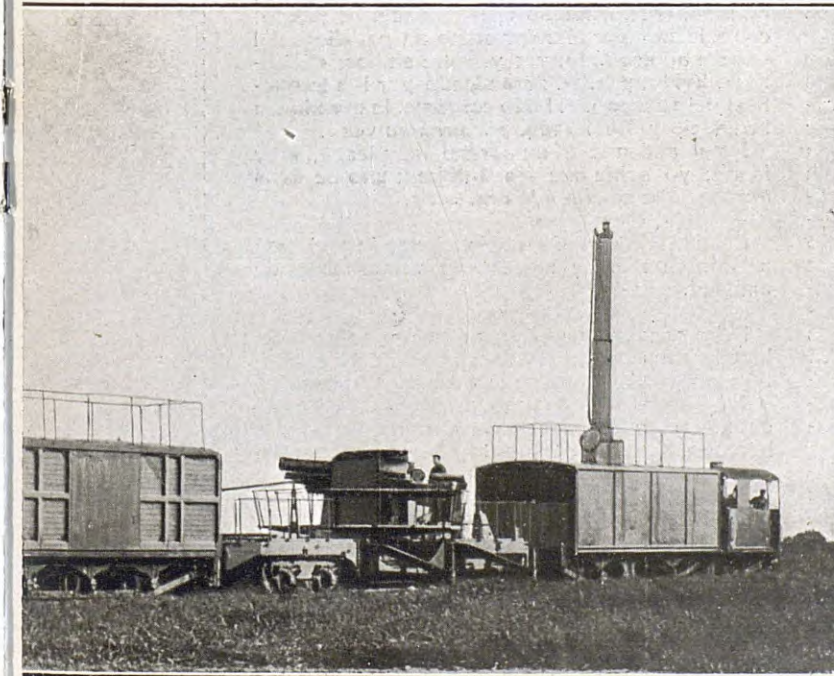
Los aviadores militares, no tienen por misión exclusiva el reconocimiento de las posiciones enemigas y el de atacar á las huestes contrarias con bombas arrojadas sobre las



Nueva batería de sitio, de 20 centímetros, Schneider, transportable por



como auxiliar de la artillería en el tiro indirecto



ferrocarril, provista de torre de observación y vagón de municiones

grandes masas de las reservas; los aeroplanos descubren los emplazamientos de las baterías de sus contrincantes y los de desenfilada de sus reservas, y transmiten sus observaciones á los artilleros.

Algunos aeroplanos van provistos, para esta misión, de un aparato radiotelegráfico que permite á los ocupantes comunicar el resultado de sus observaciones; en cambio el ruido del motor dificulta á los pilotos la apreciación de las señales; otros aeroplanos son portadores de aparatos ópticos en relación con puestos de observación artillera.

También usa la artillería alemana un ingenioso aparato llamado *Fontana Mast* por la manera que se eleva, como un surtidor, desde la caja en que es transportado sobre ruedas de un sitio á otro.

Esta caja tiene exteriormente el aspecto de una cocina de campaña con un sillón encima, y contiene largos flejes ó bandas de acero, con garras en los extremos, arrolladas sobre carretes ligados á ruedas dentadas con manivelas mantenidas en posición alrededor de una columna guía, sobre la que está fijo el sillón, por una fila de anillos de metal, delgados y anchos, parecidos á arandelas.

Cuando precisa elevar al observador para ver los efectos del fuego ó para descubrir las posiciones enemigas, se sienta en el sillón (protegido por planchas blindadas) y llevando gemelos de campaña, telemétricos, es elevado en el aire por un par de hombres que manejan las manivelas. El sillón admite colocación en cualquier dirección por medio de un pequeño volante, situado á un costado, y el observador puede detener á voluntad el movimiento ascensional.

Los flejes entrelazan sus extremos al elevarse y son sostenidos en posición por las arandelas, colocadas con pequeños intervalos, según van desarrollándose de los carretes. De esta manera se forma una columna rectangular que sostiene al observador á una altura variable, según el número de anillas y flejes utilizados.

Así una columna que recogida para su transporte mide poco más de tres pies, proporciona, cuando se da toda su longitud, un observatorio blindado á cuarenta pies de altura, recogido luego, para su transporte, por un medio fácil y rápido.

El teléfono es el complemento poderoso de los aviadores militares, cuando tienen por única misión comunicar á las baterías propias la situación de las huestes contrarias.



DE LA ALEGRE BOHEMIA

EL FANTASMA

Nos conocimos en la Universidad Central, bien mozos los dos. Era de estatura mediana, vestía atildadamente y calzaba siempre botas de charol. Brummel le hubiese tenido por amigo. Se llamaba Joaquín Segura. Para entrar en la vida había madrugado mucho, y la experiencia infundió precozmente á su rostro las elegancias del desencanto y de la agudeza. Hablaba espiritualmente y en voz baja; accionaba poco; diríase que no cesaba de observarse y que su vigilante conciencia así le pulía los pensamientos como le acicalaba los ademanes. Sabía escuchar y ceder, y ahorrarse una contestación con una sonrisa; también sabía imponerse. De Almería, su tierra, conservaba el donaire andaluz y de Extremadura, donde se crió, la decisión y la entereza. Era femenino y era violento. Tenía el gesto de terciopelo y de hierro la voluntad. Sus manos blancas, de uñas cuidadísimas—unas manos de abate galán que, durante mucho tiempo, al levantarse, se suavizaba con leche—no obstante su delicadeza, á presentarse la ocasión, hubiesen matado.

El tiempo, las emociones, las contrariedades, fueron exagerando los rasgos aguileños de aquel rostro, lleno por igual, como el de Maquiavelo, de clara inteligencia, de travesura y de sutil osadía. Tenía el pelo castaño; los ojos zarcos, muy penetrantes, muy astutos y de un azul tan diáfano que se perdía en el gris; la nariz larga y curva, nariz de pirata, dominadora, desvergonzada y sensual; el bigotillo rubio y parco; los dientes blancos, pulcros y bien sembrados, como los de una mujer. Unas arrugas profundas, esas arrugas por donde ruedan las pasiones y las melancolías—las arrugas que entristecen la gran risa del señor Polichinela—dieron mayor volumen á su nariz y á sus pómulos más relieve. El mentón avanzó. Su cara, poco á poco, por obra de la vida, se convertía en careta.

Joaquín Segura, que en la época en que comenzó nuestra amistad se hallaba divorciado de su familia, puede decirse que vivió «de la promesa de recibir cincuenta duros». Esta «promesa» por él inventada para oponer algo á las exigencias de sus acreedores, le permitió subsistir sin empleo cerca de quince años. En tan dilatado lapso de tiempo, nunca se mostró triste ni descuidó en un ápice el riguroso afeite de su persona. Probablemente, más de una noche se acostó en ayunas, aquél mi gran hermano; mas no por esto dejaría de llevar los zapatos muy relucientes y muy cepillado el traje, y muy alindada la dentadura y la corbata con muy señoril solicitud anudada y prendida. Le llamábamos «Segurita». Como los famosos pícaros de Mateo Alemán, de Hurtado y de Vicente Espinel, poseía bonísimo ingenio, y sobre todo, un delicio-

so don de gentes y un hondo conocimiento de las circunstancias y de las personas. A los cuarenta años, todavía se titulaba estudiante. Era alegre y sentimental, pendenciero y amable, sobrio y glotón, rufián y caballero, bueno y malo y consecuente olvidadizo. Una mujer, cuando menos, lloró por él mucho. Era prudente y atropellado, selecto y procaz, cuerdo y loco. Admirable. Era la juventud...

Imposible hablar de «Segurita» sin recordar la celosa minuciosidad que dedicaba á los detalles de su vida, aun á los más baladíes. Esta escrupulosidad rayaba en manía. Sus corbatas, sus enseres de tocador, sus pañuelos, los guardaba en cajitas que, á su vez, metía en otras cajas mayores. Para buscar la pastilla de jabón, verbigracia, había que abrir, cuando menos, dos cerraduras. Las armas que usaba eran, como sus intenciones, ladinas y agudas: una lima, un raspador, unas tijeras... El examen de su grafología descubría y explicaba asimismo su carácter: era una letra clara, limpia, noble, pero de rasgos abundantes que enlazaban unas palabras á otras y revelaban la fantasía, generosa complejidad y caudalosos recursos, bastidores y recovecos mentales de su autor.

Ulltimamente, Joaquín Segura, ya reconciliado con su familia, se aplicó al estudio y en dos años aprobó casi todas las asignaturas de la carrera de Derecho. En los cafés solitarios se le veía trabajar, de noche, hasta muy tarde. Con este ahinco prócer coincidió una aburguesada corrección de costumbres y un inverosímil misoginismo. «Segurita», tan galán siempre, aborreció de pronto las mujeres. A veces, su odio era tan fuerte, que no podía oír las hablar. Una noche, frente al Trianon-Palace, en el momento de presentarle á una artista, huyó abalanzándose á un coche que pasaba. Nos quedamos estupefactos. ¿Qué le sucedía á «Segurita»?... ¡El pobre!... Sin duda, su conciencia, que ya empezaba á nublarse, adivinaba en «Ellas» un peligro; el terrible peligro del amor que, con la felicidad, reparte la muerte.

Poco á poco su vida interior iba extinguiéndose. Palidecía. Sus ojos, antes tan vivaces, se apagaban, morían, como turquesas enfermas. No hablaba apenas. Su risa hizose blanca...

Hasta que la locura triunfó. En la casa de huéspedes donde vivía, estaban consternados con sus extravagancias. A esta emoción de piedad añadíase otra de miedo. «Don Joaquín—decían—quiso presentarse desnudo en el comedor, á la hora del almuerzo».—«Don Joaquín había intentado matar á Mateo, el criado, con un coraplumas».—«Don Joaquín, aquellas últimas noches, había salido á la calle acicalado y currutaco, como siempre, pero descalzo.»

Inmediatamente fui á verle, y como le hallase muy excitado, felonamente, so pretexto de enseñarle unas decoraciones, conseguí subirle á un coche y llevarle al Sanatorio del Pilar donde, con gravísima pesadumbre y aun remordimientos de corazón, le dejé encerrado. Por la noche escribí á su padre, que residía en Azuaga, provincia de Badajoz, notificándole lo sucedido y encareciéndole viniese á Madrid sin perder tren.

Mi entrevista con el pobre anciano, á quien desde el primer momento descubrí la verdadera gravedad de la situación, fué muy triste. Desgraciadamente, mis vaticinios quedaron ratificados por la opinión de varios profesores.

—Se trata—declaró el doctor Ezquerro—de un «incurable» que vivirá idiota un año, á lo sumo, dos...

Del mismo parecer fué el célebre alienista don José María Esquerdo; en vista de lo cual, Segura, padre, determinó llevarse á su hijo á Azuaga. Nunca olvidaré la emoción trágica de aquellos tres ó cuatro viajes en coche: primero al Sanatorio del Pilar, luego á la consulta de Esquerdo, últimamente á la Estación del Mediodía. A un lado, el infortunado viejo, bronceado, pálido, ennoblecido por el dolor como un caballero del Greco; al otro lado, yo; y, entre ambos, «Segurita», lívido, pasivo, zarandeado por los traqueos del vehículo, el labio colgante, la mirada sin luz, sucio y desaliñado, por primera vez...

En el andén le dí un abrazo muy largo, muy fuerte; yo sabía que era el último; uno de esos abrazos que se dan á los muertos.

—Adiós, «Segurita»...

Después le ayudé á subir al vagón y el tren partió. Con él se marcharon veinte años de amistad.

ooo

Debo consignar aquí, para que se comprenda bien la autoridad enorme, la avasallante sugestión, que esta historia tiene á mis ojos, que yo no volví á acordarme de Joaquín Segura. Mejor dicho: le recordaba, sí, pero de un modo rápido, borroso, como de algo acaecido mucho tiempo atrás. Quiero decir, que su temprano fin no me preocupó mayormente. Tampoco soñé con él nunca. Por aquellos días estaba disponiendo mi viaje á América, y preocupaciones de toda índole acosaban mi espíritu. Pensaba en mí mismo y nada más. Era una crisis de egotismo, una congestión de imágenes, un flujo y reflujo agotador de cábalas, de zozobras económicas y sentimentales, de ilusiones rientes...

También diré que no comulgo en las teorías espiritistas, ni soy teósofo, ni siquiera espiritualista, á secas, pues no comprendo que la fuerza pueda subsistir sin la materia, y menos que el alma conserve su personalidad, su conciencia,

la noción inexorable de su «yo», después de la muerte y en medio de la eterna renovación de las cosas.

Sin embargo...

Me hallaba yo en Buenos Aires. Vivía en el Hotel Central, calle Victoria. Mi habitación, situada en el piso segundo, era un hermoso aposento, con dos balcones; y la cama, puesta en el comedio de la estancia y con la cabecera arriada a la pared; hallábase de modo que los pies enfrentaban precisamente la entreventana. Esto debía de ocurrir á mediados de Enero, el mes más riguroso de la estación estival en aquellas latitudes, y el calor asfixiaba. Yo dormía siempre con los dos balcones de par en par abiertos.

Oíd: es una historia apasionante como una conseja...

Una mañana desperté triste. Estaba cierto de haber soñado con Joaquín Segura, y no sabía el qué. Este recuerdo caminó todo el día á mi lado, como una sombra.

«¿Habrá muerto?»—pensaba.

Sentía remordimientos de no haberme acordado nunca de él, y de no haberle escrito á su padre ni una carta. ¡Me la hubiese agradecido tanto el buen viejo!... Pero, ¿quién, en la balumba desorbitadora de los viajes, cuando el alma se siente ganada constantemente por nuevas y nuevas impresiones, tendrá tiempo de enternecerse con la evocación de lo que fué dejando atrás?...

Aquella noche, volví á soñar con Joaquín, y tampoco esta segunda vez la pesadilla llegó á adquirir perfiles. De ella, al despertarme, no quedaba en mi memoria ni un rasgo, ni un detalle. Una densa niebla apagaba las palabras, desvanecía los contornos. Era como si el alma—digámoslo así—de mi amigo quisiera comunicarse con la mía, saludarla, testimoniarla su adhesión, y mi espíritu, miope y sordo, contaminado de la parvedad y torpeza de los sentidos, no la sintiese.

A la noche siguiente caí de súbito en un estado de extraña lucidez; una hiperestesia análoga á la producida por el éter. Me explicaré mejor: quien sueña cree vivir realmente; y yo comprendía que soñaba; es decir que mi conciencia asistía á cuanto me sucedía y lo iba juzgando. Yo sabía que estaba dormido, que tenía cerrados los ojos, y no obstante, «me veía» acostado. Una luz fría y gris, una luz de acuario, un resplandor lechoso de aurora llenaba la estancia. Yo pensaba:

«Está amaneciendo y Segura va á venir».

Distinguía perfectamente todos los muebles: mi baul, los sillones, sobre los cuales había ropas y libros, el lavabo, el armario de luna, cuyo cristal, como los lagos según va levantándose el Sol, poco á poco anegábase en turbia claridad. También veía limpiamente los rectángulos de los dos balcones, por donde el nuevo día iba asomándose. Entre tanto, la idea de que estaba amaneciendo volvía á mi ánimo, y la convicción de que Joaquín Segura se hallaba, por momentos, más cerca, siempre más cerca, me apremiaba, produciéndome una inquietud que más tenía de regocijo que de miedo ó de supersticioso sobresalto. Al cabo, le ví aparecer. Penetró en la estancia por el balcón de la izquierda. El vasto fondo blanquecino de la madrugada, ponía á su figura un nimbo. Derechamente se dirigió á mí. Me pareció más pequeño que antes, más delgado, más descolorido, y sus facciones, exangües, borrosas, habían una expresión de des-

aliento; el desaliento quizás de quien, muriéndose, lo conoció todo.

El diálogo lo empecé yo, y cuanto á continuación escribo, copia fidelísima es de lo que ambos hablamos: de tal modo las frases y aun los menores gestos de aquella inverosímil conversación grabados quedaron en mi memoria.

—¿Pero, es cierto que has muerto, «Segurita»?—le pregunté.

—Es verdad. ¿Cómo lo sabías?...

—Hace dos noches que, sin motivo, pienso en ello.

No le dí la mano. Yo, dentro de la rigurosa lógica de mi pesadilla, sabía que era inútil buscar un contacto físico, puesto que lo que tenía delante era una sombra. Tampoco oía sus palabras «materialmente», sino que me rozaban cual ondas hertzianas. Al mismo tiempo, experimentaba

llermo, mi primo, que, como sabes, reside en Lubrin, diciéndole que fuese á buscarme, y Guillermo me llevó consigo. Allí, á su lado, acabé...

Hubo un silencio largo. Yo, en virtud de esos maravillosos desdoblamientos de conciencia que suelen producirse en las pesadillas, continuaba reconociendo que soñaba, y sabía, sin embargo, que todo aquello era cierto. Joaquín suspiró. Luego, su rostro, enormemente triste, se cubrió de una tristeza nueva. ¿Cómo puede haber, en el breve espacio de un semblante, tanto dolor?... Bruscamente, hizo ademán de retirarse.

—Me voy—dijo.

Traté de retenerle:

—Oye, «Segurita», espera un momento...

—No, no—repuso.—me voy. Adiós...

Desapareció. A mi alrededor todo fué negro y debí de quedarme profundamente dormido. Tras

sí la visión no dejó nada.

Cuando desperté, era mediodía; cegaba el sol. Instantáneamente mi sueño de la víspera se impuso á mi espíritu. Decidí escribir á Azuaga explicándole á Segura, padre, mi extraordinaria alucinación: quería cotejar fechas y adquirir, en suma, la certidumbre de que «Segurita» había fallecido y de que, por obra de alguna maravillosa asociación telepática, yo había hablado con él. Pero el hombre propone, y las circunstancias disponen luego de su flaca voluntad. Aquella carta que todos los días pensaba escribir, nunca fué escrita. Realidades nuevas me solicitaban á cada paso. Las impresiones arrinconaban al recuerdo. Me marché á Chile, después á New-York, á Cuba. Regresé á Madrid...

No volví á soñar con Segura. Transcurrieron cerca de dos años...

Una noche, al salir del teatro de Lara, me tropecé con Antonio Arellano, de quien «Segurita» fué siempre muy amigo. Nos abrazamos. Sucintamente, Arellano me refirió su vida; yo, le conté los últimos capítulos de la mía. Luego:

—¿Y Segura?...

El rostro de mi interlocutor se anubló.

—El pobre «Segurita»—dijo—ha muerto.

—¿Dónde, Arellano?

—En Lubrin.

—¡En Lubrin!—repetí.

Debí de quedarme muy pálido. Un frío indecible, por oleadas, por ráfagas, me rozaba la piel. Se me heló la nuca. Ganas me daban de gritar:

«Todo eso que cuenta usted lo sé yo, desde Buenos Aires: el mismo Segura me lo ha dicho.»

Pude, sin embargo, reprimir mi emoción y seguir preguntando:

—¿Cómo murió en Lubrin, si su padre le llevó á Azuaga?

—Porque en su casa de Azuaga—prosiguió Arellano,—por razones especiales no podía estar. Su padre, comprendiéndolo así, escribió á Guillermo, rogándole se encargase de su primo, y Guillermo se lo llevó á Lubrin.

¿Por qué negar que mis cabellos se erizaran?... Añadí:

—¿Podría usted decirme cuándo, aproximadamente, falleció «Segurita»?...

Antonio Arellano vaciló, frunció las cejas.

—Va para dos años—repuso;—recuerdo que era invierno. Allá por los meses de Diciembre ó de Enero, debió de ser...

Y ahora, yo te pregunto, lector:

¿En qué libro de Pöe, de Hoffmann ó de Maupassant, leíste un cuento mejor que esta historia?...



CRÓNICA TEATRAL

LOS TEATROS DE LA NATURALEZA

La época estival parece invitarnos a hablar de los «teatros de la Naturaleza», abandonados entre nosotros, con la sola excepción de Cataluña que recientemente ha sabido dedicarles un leve recuerdo. Y, sin embargo, tal forma de espectáculo, predilecto durante el estío del público francés, está muy lejos de ser un producto de nuestro tiempo, como pudiera creerse. Monsieur Yrenée Mauget, en suma, el director de las escenas descubiertas de Marnes-la-Coquette y del Pré Catelanno es el primer cultivador de esa modalidad artística. Tuvo muy altos precursores en su día y uno de ellos fué nada menos que aquel inolvidable Rey de Francia que se llamó Luis XIV.

Amante del fausto y condecorador de la *mise en scène*, el joven monarca, utilizando el decorado natural de Fontainebleau, hubo de presidir magníficas fiestas nocturnas y bailes en los que figuró él mismo vestido según los atributos de diversas deidades mitológicas. En el baile de las Estaciones, ejecutado sobre un teatro que se iluminaba con un número incalculable de bujías, Luis representó a la Primavera cubierto con una esplendorosa túnica de flores, mientras el fondo abierto del teatro dejaba ver un cielo rutilante de estrellas y la silueta de grandes masas de árboles, de copas redondeadas. Entre las espectadoras se hallaba la señorita de La Vallière, manifestando por el Real danzarán un agrado que poco después habría de tomar caracteres bien definidos.

Tres años después no se trataba ya de un simple baile, sino de una serie de bailes que se ofrecían a las reinas y a toda la corte en un sitio adornado con todos los atractivos campestres. El lugar había cambiado. Era Versalles, pero no el Versalles posterior, sino el dominio preparado por Luis XII y calificado por Saint-Simón de «Chateau de Cartes situado en todos los lugares sin vista, sin árboles, sin tierra, porque todo es arena movediza y cenagosa, de aire impuro y malsano». Allí el Rey Sol organizaba festivales cuyo relato ha llegado hasta nosotros, bajo el título fastuoso de *Los placeres*. A través de las «Obras completas de Molière», tres de cuyas comedias sirvieron de intermedio a un extenso programa de torneos y juegos diversos, puede suponerse algo de lo que el espectáculo valía. Durante las siete jornadas el Rey trató a más de seiscientas personas, sin contar las necesarias para la representación.

Oid: «El cielo mismo parecía favorecer los proyectos de Su Majestad, puesto que en una época, generalmente lluviosa, no hubo otra molestia que la del viento, que si aumentaba á veces, sería para probar que la previsión y el poder del Monarca podían salvar las mayores incomodidades atmosféricas. Altos toldos, pequeñas construcciones de madera, hechas casi en un instante, y un número prodigioso de antorchas comparables á cuatro mil bujías por jornada, resistieron á un ventarrón que amenazaba en algún momento con hacer imposibles estas diversiones.»

Después de ese testimonio adulador, ved esta pequeña muestra: «Detrás del heraldo de armas de los pajes, de las trompetas, de los timbaleros y del mariscal de campo, Luis apareció con el indumento del héroe Rogerio, protegido por una coraza de oro, y cubierto por un casco de plumas rojas, montando uno de los más bellos caballos del mundo cuyo arnés, color de fuego, resplandecía de metales preciosos y de pedrería. Mientras las empalizadas y los toldos defendían á los concurrentes, del viento, fuerte y fresco todavía, de la Primavera, el regio actor cabalgaba por las alamedas, al final de las cuales le esperaba un público idólatra que aplaudía con un entusiasmo capaz de haber confortado al más tímido «debutante». Esta vez también ocupaba uno de los primeros puestos la señorita de La Vallière, cuyo amor, según Saint-Simón, era pretexto de frecuentes paseos á Versalles, inspirando los primeros esplendores de aquellos jardines, aunque no pudiera contemplar la amada de entonces una apoteosis que había de estar reservada á madame de Montespan.

Todos los héroes épicos del Renacimiento tomaron la palabra á la entrada del Rey. Luego fué saludado Apolo por las edades de oro, de plata, de bronce y de hierro, y cuando las Estaciones

hubieron bailado en inevitable danza, la noche había llegado, y se sirvió un espléndido banquete cuya suntuosidad no podría describirse.

En el transcurso de las siete jornadas fastuosas, la compañía de Molière representó *La princesse d'Elide*, *Tartufe* y *Le mariage force*, pero el éxito de estas comedias creadas por un autor genial fué muy inferior al de los desfiles, las danzas y las restantes diversiones. *Tartufe* mismo, como es sabido, aunque agradó en los tres actos representados ante la Corte, hubo de ser tachada de obra peligrosa y prohibidas sus representaciones.

Las relaciones oficiales nos han transmitido los nombres de los organizadores de estos festivales sin precedentes. Mas el inspirador verdadero de aquellas maravillas, había sido este joven monarca de veinticinco años, que preludiaba, teatralmente, el más teatral de todos los reinados, con un conocimiento de la *mise en scène* no igualado por el imperial imitador que había de tener en Napoleón. Y esta debería ser la glo-



EL CONDE DUQUE DE OLIVARES
Fragmento del cuadro de Velázquez

ria de Luis XIV, ese arte de los cortejos magníficos que él ennoblecía con la Majestad... Viejo y vencido, más tarde habremos de pensar en aquella Embajada siamesa, pronta á distraer las dolencias y los pesares del anciano Rey, del mismo modo que en un tiempo fué deleitada su juventud por la dulce música de los poetas... El decorado será ahora la galería de los espejos, pero no el aire gratamente perfumado de los incomparables jardines de Versalles...

Esos faustos habían tenido, sin embargo, otro augusto precursor. Nuestro buen Rey Felipe IV no hubiera envidiado, seguramente, la esplendidez del gran monarca francés, cuando acudía á los fantásticos festivales del Buen Retiro. Entre los documentos curiosos de la época, hay algunos como «La Circe; fiesta que se representó en el estanque grande del Retiro, invención de Cosme Loti, á petición de la excelentísima señora condesa de Olivares, duquesa de San Lúcar la Mayor» y la «Relación de la fiesta que hizo á SS. MM. y AA. el Conde-Duque, la noche de San Juan de este año de 1651».

Y para convenir en que la Corte española podía ser árbitra del esplendor y maestra del buen gusto, repasad algunos párrafos de la aludida relación. El Conde-Duque—dice—«eligió en el jardín la parte más á propósito para las estancias, en que habían de asistir las personas reales, y las damas, y algunas grandes señoras deudas suyas que embozadas se habían de admitir á la fiesta y otras mujeres de ministros y criadas suyas, y el teatro y todo lo demás imaginado para las divisiones en que SS. MM. y AA. se habían de hallar á diferentes horas... Llegaron los reyes cerca de las nueve de la noche, salió á recibirlos la Condesa y al punto empezó el coro de los instrumentos, no en aquella armonía que hace más

estruendo que agrado, sino en la suavidad apacible de flautas y bajoncillos. Entraron por el palenque y estando en el prado por donde venían cuanta inmensidad de gente y coches tiene la Corte, no toparon embarazo ninguno; al instante se hallaron en los mismos cenadores que habían de ocupar, y continuando la música se divertieron en ver el adorno y el aparato, admirando después de ello la quietud y soledad del sitio, hallando sólo en él los que servían, que eran de los muchos criados del Conde los menos y escogidos para obedecer lo que se les ordenase. Y antes de ocupar SS. MM. y AA. y las damas sus asientos, les sirvieron á los reyes y á sus hermanos unas bandexillas colchadas de ámbar y con agua de ellas unos pomos de cristal, lienzos, ramilletes y búcaros, y á la Reyna nuestra señora lo mismo; en vez de bandexilla un abano de Italia; á las damas y á señoras de honor, abanos, lienzos mojados en agua de ámbar, búcaros y ramilletes».

La primera parte duró dos horas y media, y concluida se levantaron los reyes pasando al inmediato jardín del duque de Maqueda «donde estaban hechas las enramadas distintas, comunicándose unas á otras y compuestas de muchas flores y luces». Allí se les sirvieron espléndidos refrescos. Y acabada la segunda comedia, «volvieron á cantar los diferentes coros de música y los reyes, los infantes y las damas se retiraron á una galería de ramos y flores que estaba hecha en el jardín también en comunicación de don Luis Méndez, y allí se entretuvieron el brevísimo rato que se tardó en disponer la media noche, poniéndose en cada cenador una mesa y junto á ella un escaparate en que estaban frascos de diferentes aguas de limonadas, búcaros y vidrios, principios y postres: el bufete de S. M. y SS. AA. en alto; las mesas de las damas bajas con los mismos aparadores, y á un tiempo se pusieron las viandas en todas y cenaron, asistiendo al Rey sólo el Conde-Duque y la Condesa, que ella sirvió la copa á SS. MM. y él á SS. AA... Todo el intermedio de la cena fueron alternando los coros de las músicas tan apacible, que tanto por ser de las mejores de España como por el gusto de aventajarse cada una, se señalaron todas».

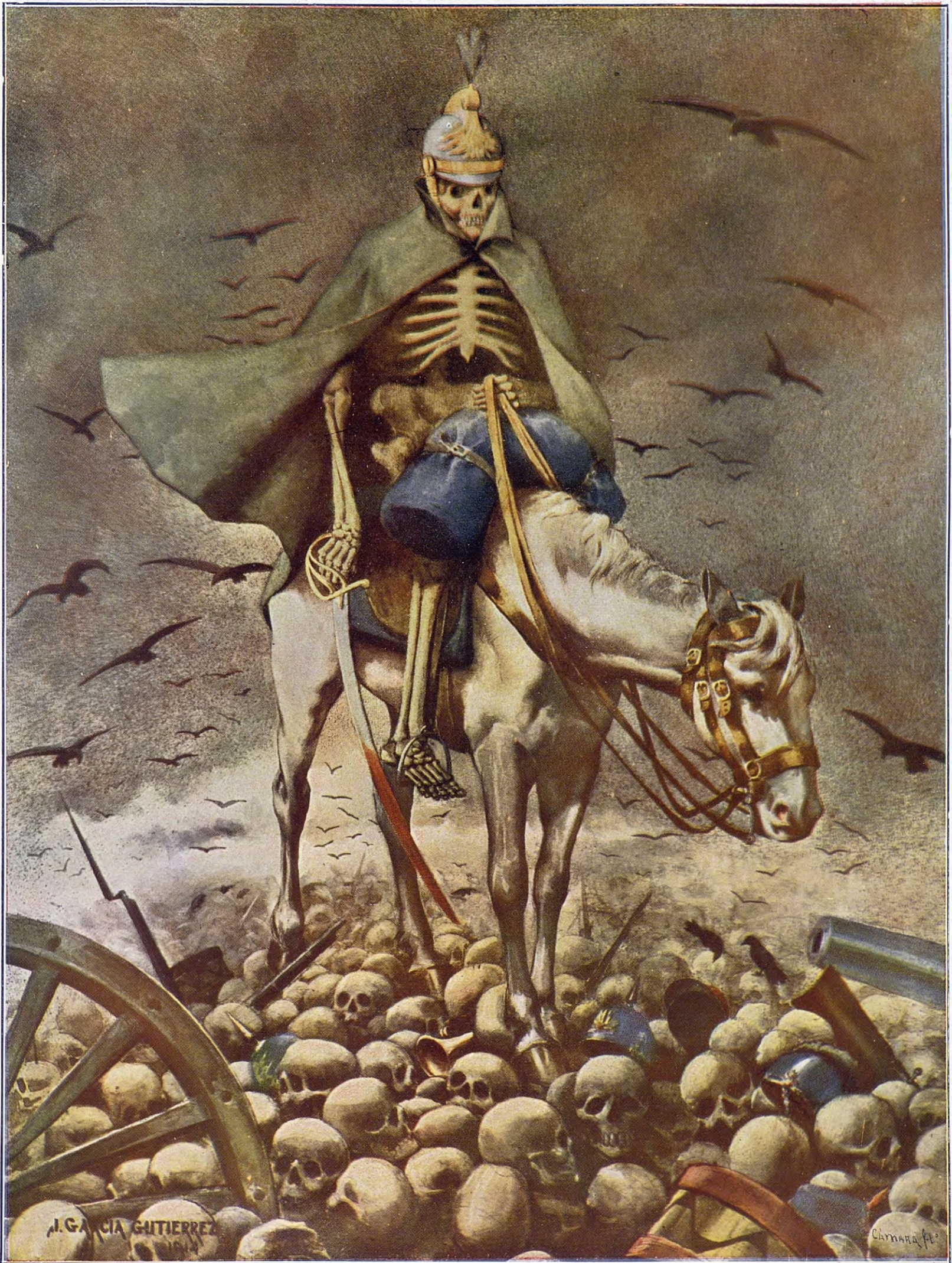
Y no creais que fué olvidada tampoco la importancia literaria de la fiesta relatada. Si en *Los placeres* de Versalles habló el genio de Molière, en esa célebre noche de San Juan del viejo Buen Retiro, no faltó tampoco la espiritualidad. El Conde-Duque había encargado á Lope de Vega una comedia que el fecundo ingenio escribió en tres días, y á don Francisco de Quevedo y á don Antonio de Mendoza otra que acabaron en escasas horas, encargándose de la representación las notables compañías de Avendaña y de Vallejo. La obra de Quevedo y Mendoza se titulaba *Quien más miente, medra más*; la de Lope aludía á las alegrías, licencias y travesuras de aquella misma fiesta y se llamaba *La noche de San Juan*. Ambas fueron muy celebradas por el ingenio vivo y feliz de la una y por los graciosos donaires de la otra.

¿Será preciso recordar ahora que en aquellas fiestas y en aquella molice preparada por el de Olivares al «gran» Felipe IV, era á costa del propio porvenir de la nacionalidad española? No. Pues lo que entrase en los planes del privado de adormecimiento de la Majestad, no disminuye la maravillosa suntuosidad de estos primeros ensayos del Teatro de la Naturaleza. ¿Qué inconveniente hubiera habido en la celebración de estas agradables expansiones espirituales de no haberse olvidado por el día en aras de la intriga graves negocios del Estado? ¿Decayó la influencia de Francia por los grandes festivales nocturnos de Versalles, en cuyas frondas iban á enredarse juntamente los madrigales y los apotegmas? Ved que han continuado allí en imitaciones que asienten en diversos jardines de su bello territorio. Nosotros en cambio hemos renunciado á ellos definitivamente porque los antiguos jardines, último reducto del «Teatro de la Naturaleza», fueron talados sin piedad como si se hubiera pretendido execrar de un modo rotundo la nefasta influencia de aquel beleño poético con que un favorito habilidoso quiso anular un día la débil voluntad de su monarca.

José ALSINA

LA ESFERA

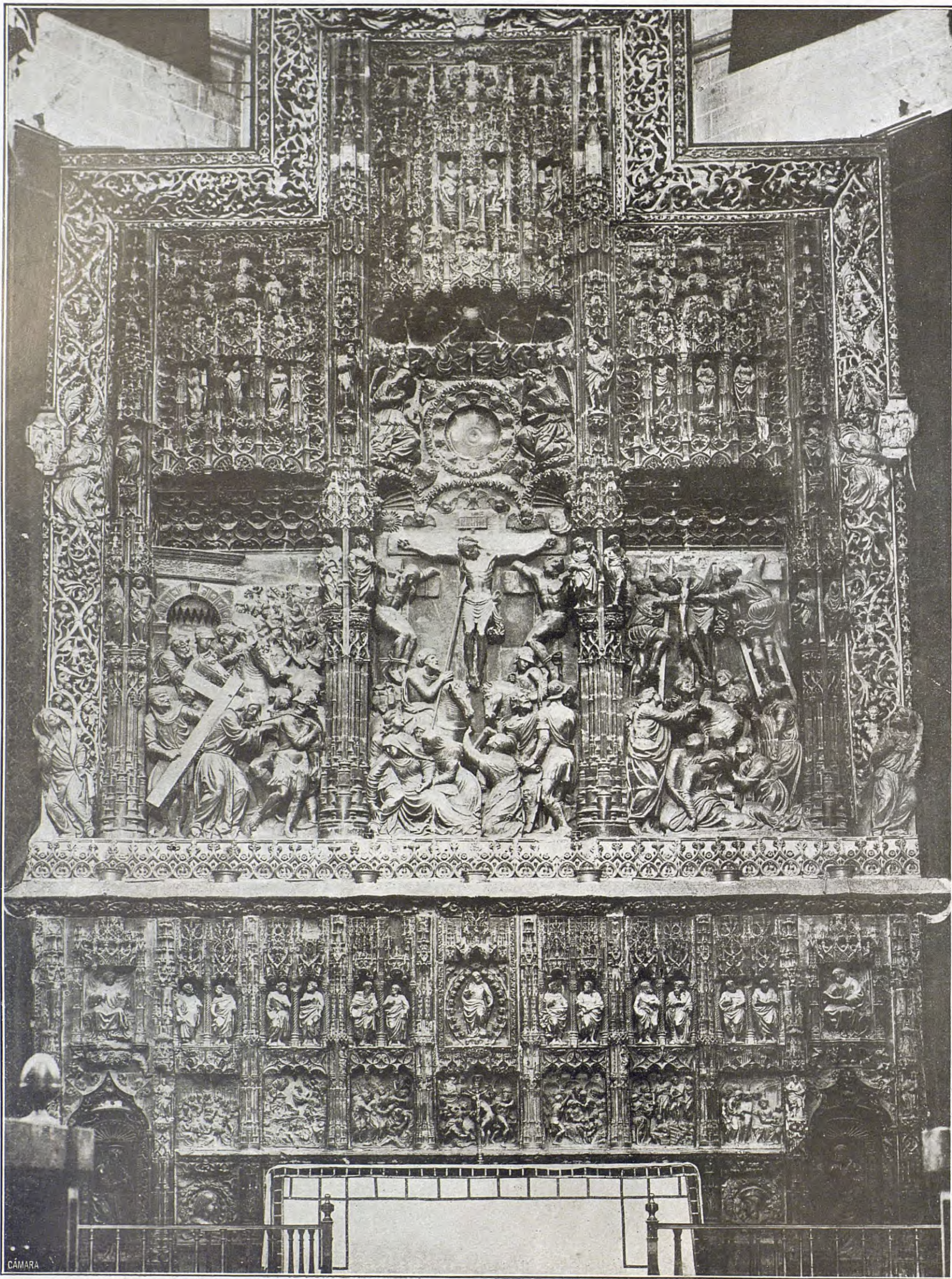
FIGURAS DE LA GUERRA



EL VENCEDOR

Dibujo de García Gutiérrez

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



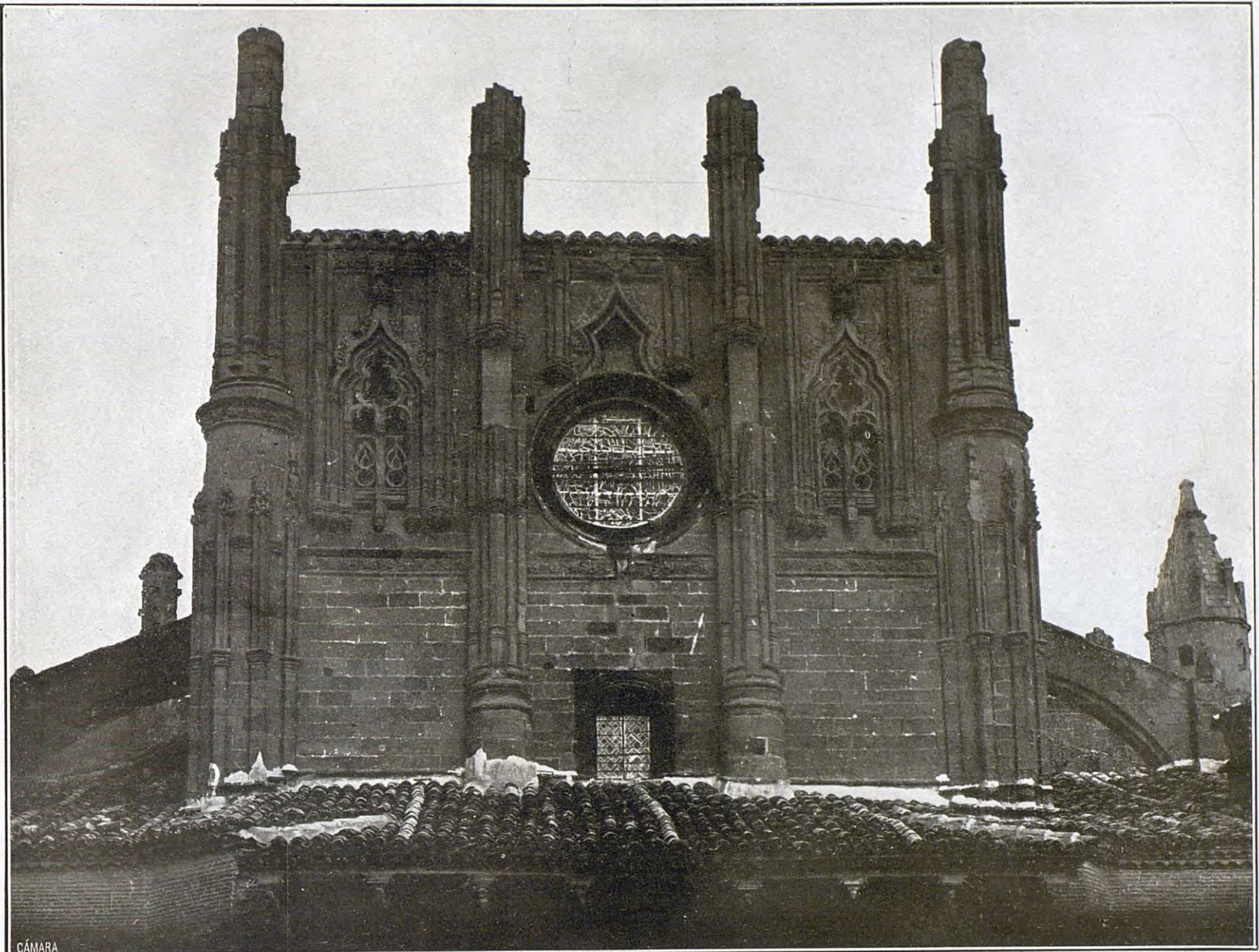
RETABLO DEL ALTAR MAYOR DE LA CATEDRAL DE HUESCA, OBRA ESCULTÓRICA DEL CÉLEBRE ARTISTA DAMIAN FORMENT (SIGLO XVI)

FOT. OLTRA

MONUMENTOS
:: ESPAÑOLES ::



LA CATEDRAL DE HUESCA



CÁMARA

Parte superior de la fachada de la Catedral de Huesca

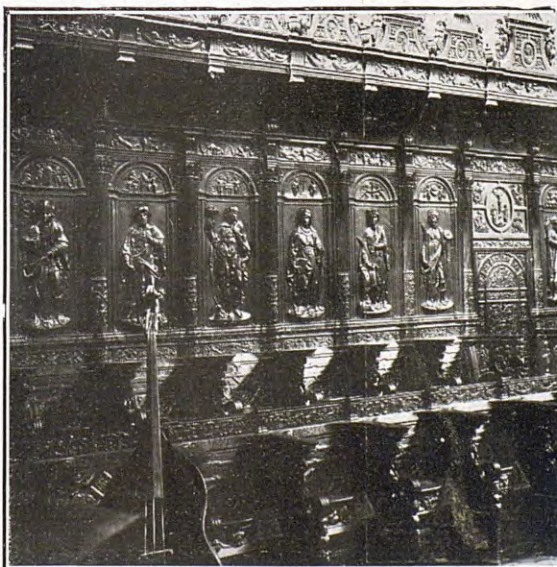
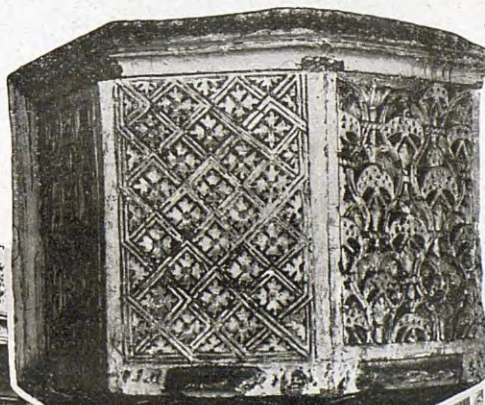
FOT. CAPELLA

La famosa batalla en los campos de Alcoraz, una de las más sangrientas empeñadas entre la cruz y la media luna, una de tantas brillantes epopeyas que con sangre cristiana se escribieron en los anales de Aragón, bordando con joyas sus gloriosas páginas, suscituyó en 1906 el culto que en la Misleyda se daba, para practicar las creencias de nuestra religión, en lo que fué después grandiosa Catedral, levantada

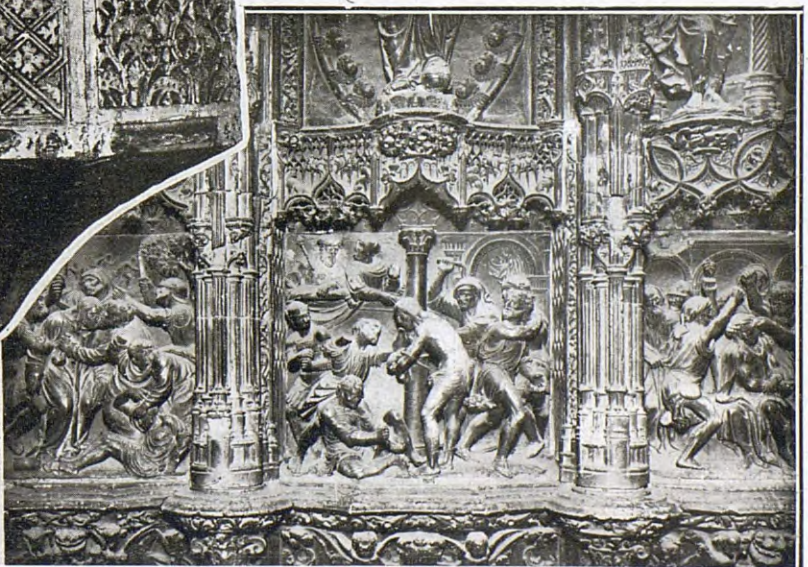
sobre la más suntuosa de las mezquitas, al decir del Rey don Pedro.

El templo comenzóse en 1500, terminándose la portada en tiempo de Lope de Azlor, bajo la dirección del arquitecto Olotzaga.

Su fachada consta de dos bellísimos cuerpos, siendo mucho más notable y de más puro estilo el primero que el segundo y donde más pueden apreciarse las exquisiteces y filigranas del arte

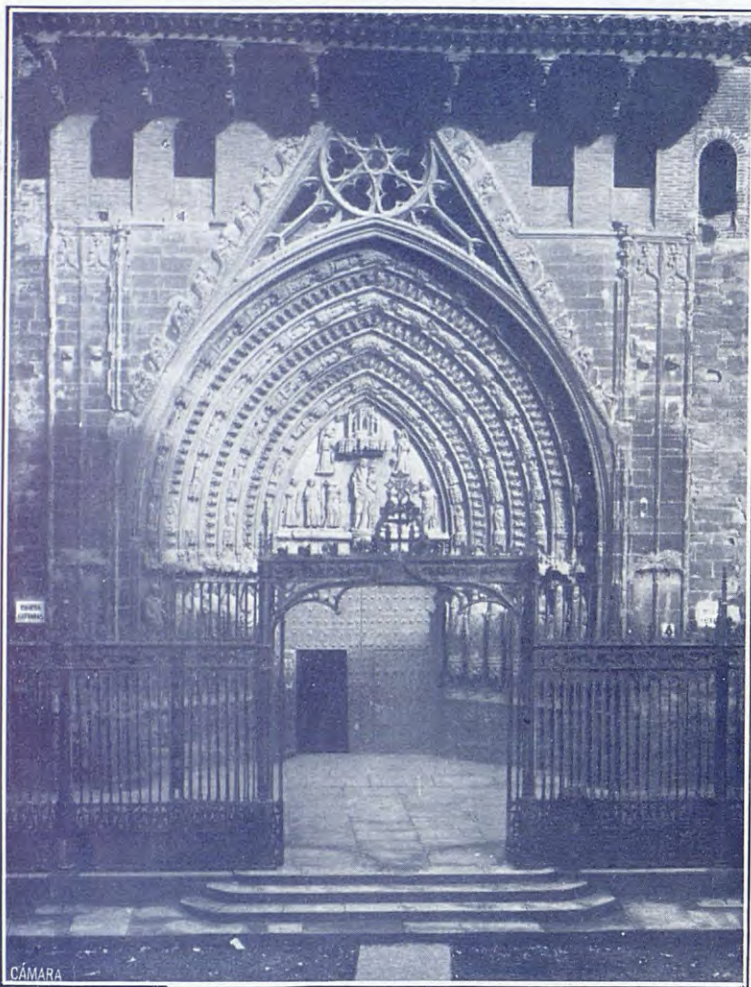


Sillería del coro

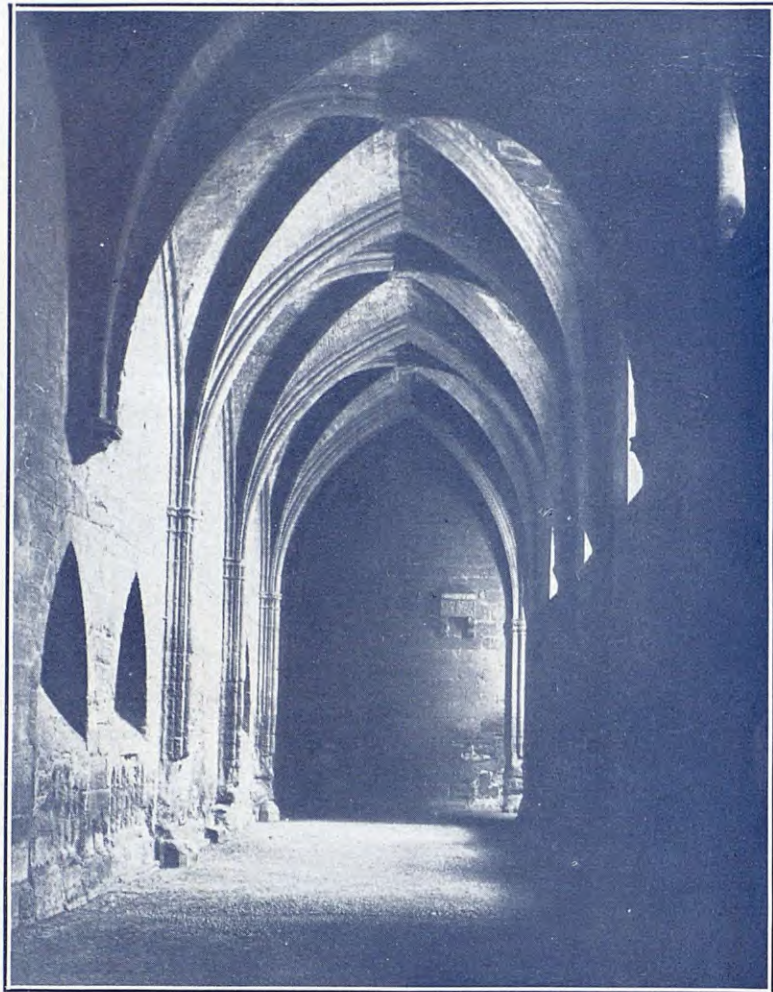


Detalle del retablo mayor

Púlpito mudéjar, en la sala de Mandato
FOTS. CAPELLA Y ALBASINI



Puerta de la Catedral de Huesca



Claustros que dan acceso al Palacio episcopal

gótico. En el inferior siete estatuas de piedra á cada lado, mayores que de tamaño natural, dan como respetuosa guardia de honor al templo, y sobre sus finos doseletes arrancan graciosos otros tantos arcos ojivos, en esbelta gradación, salpicados de numerosos relieves y lindísimos guardapolvos, que cubren labores é imágenes asentadas en pedestales de perfectísima labor, ofreciendo un aspecto en extremo agradable y teniendo como digno remate de la ojiva un labrado y atrevido rosetón de gran diámetro.

El segundo cuerpo, también gótico, adornado de cuatro torreones más gruesos y elevados los laterales, dan lugar en sus tres huecos á uncas elegantes ventanales, propios, al parecer, de los albores del siglo xvi.

El retablo principal, suntuosísima obra del inmortal Forment en la época de su mayor apogeo, es joya inapreciable del más finísimo alabastro, y que justamente atrae la atención de cuantos le contemplan; se comenzó en 1520, tardando trece años en su ejecución, que no pudo ser más primorosa, elevando su magnificencia á 20 varas sobre el suelo: sorprendentes los tres grandes cuadros de su cuerpo principal que representan escenas del Calvario de un modo irreprochable por su factura y lo admirablemente modeladas que se hallan sus figuras. Es tan maravilloso el conjunto que «es uno de los monumentos que dan más gloria y esplendor á las artes españolas».

En su parte posterior aparece otra de las muchas joyas que nuestra Catedral conserva: es un retablito de pequeñas dimensiones que representa la ado-



Retablo, en marfil, que existe en la parte posterior del altar mayor, obra de Forment, y que está considerado como una verdadera obra maestra

FOTS. CAPELLA

ración de los Reyes. Largo tiempo atribuido á Berruguete, afirma ser también obra de Forment, el erudito señor Gascón de Gotor, quien en precioso trabajo dice que «las cabezas de la Virgen y el Niño, la del negro y del otro rey que adora, son en verdad magníficas».

Frente al principal retablo, se halla el coro con espléndida sillaría, comenzada en 1587, por Berástegui y terminada, en 1594, por Verrueta; consta de dos hileras, formando un total de 85 sillas talladas en roble; los mediorelieves, labores y esculturas con que están labradas, el sillal del centro con cincelados capiteles, las dos lindas puertecillas laterales, los medallones, el amplio friso saliente que corre por encima de las sillas superiores, etc., todo acusa el bello y clásico estilo del Renacimiento en sus más puras y elegantes formas.

En la sala del Mandato se observa, casi en abandono, pero muy bien conservado, un bellissimo púlpito mudéjar, de cuatro caras, en yesería, ornamentadas con típicos dibujos y distintos adornos calados en los cuatro frentes.

La falta de espacio nos impide ser más extensos en la descripción de otros muchos detalles dignos de especial estudio, y que justifican la admiración que la Catedral de Huesca viene despertando entre arqueólogos y artistas. Sirvan los someramente apuntados, juntamente con las fotografías que los acompañan, para dar una idea de las innumerables bellezas que encierra este templo, espléndida joya de aquellas edades que levantaban tales monumentos á sus creencias.

L. MUR



LAS JOYAS DE LA PINTURA



CARLOS IV

Una de las obras maestras de Goya, existente en el Museo del Prado

(Preparado este retrato para ser inserto en una de las páginas artísticas de nuestro número anterior, y retirado á última hora, debido á dificultades materiales, fué susstituído por el retrato ecuestre de Felipe IV, obra del inmortal Velázquez, sin que en la precipitación del momento se modificase el pie correspondiente, que era el destinado al cuadro del inmortal pintor zaragozano. Hacemos esta aclaración, aunque el buen sentido de nuestros lectores habrá salvado, seguramente, el *lapsus* tipográfico)

NUESTRAS VISITAS

MANUEL BUENO

HUNDIDO en la mullida butaca de pana verde, con las piernas cruzadas a una sobre otra, dejando al descubierto entre el pantalón del *pyjama* y las zapatillas de cuero los tobillos sin calcetines, Manolo Bueno, el vigoroso maestro de las juventudes literarias, el audaz periodista, un poco temible y un tanto rebelde, nos hablaba... Y nos hablaba con una sinceridad encantadora; en muchos momentos como un camarada fraternal. Era tan franca y tan cordial su charla, que, á ratos, en vez de salir de unos labios cautelosos, parecía desbordarse de un dolido y noble corazón, maltratado en el duro duelo sostenido con un vivir lleno de obstáculos y sinsabores. La amargura expresada por la portentosa palatra de este joven maestro, es augusta, serena, señorial; á su paso hay que descubrirse como ante la matrona del Dolor; la ironía ligera, aguda y punzante, como una daga florentina, y la crítica destructora con la dinamita de una lógica irrefragable. Habla bien Manolo Bueno. Habla igual que escribe.

—¡Yo soy un esclavo del Destino!... Voy á donde me llevan sus manos de acero... Creame usted, amigo *Audaz*; yo no he sido nunca el hombre-buque, sino el hombre-lancha. Este mar de la vida me mueve á su antojo.

Y tras estas palabras fatalistas del escritor, sus ojos pequeños y azules pierden la perenne ferocidad de tigre y se quedan un instante quietos y fijos, como si miraran en el pensamiento el camino recorrido y atalayaran en lontananza el que aún le falta que recorrer para llegar á la cúspide deseada.

Bueno es joven—una juventud de treinta y cinco á treinta y nueve años,—de inflado pecho y apariencia recia y musculosa. Su boca, de labios carnosos, se contrae en un gesto de aparente desprecio y escepticismo. Ahora, lleva el poblado bigote recortado á la inglesa. Su frente es amplísima, y ya comienza á ser invadida por numerosas arrugas. En cambio la cabeza, pequeña, de cabellos castaños, ya ha empezado á quedarse monda. Cuando habla, con sus ojos algo agresivos no cesa de interrogar al interlocutor.

Vive bien... La habitación donde estamos es un despacho amplísimo, con un gran mirador que cae sobre la calle de Larra. Los muebles son de caoba, ingleses. Toda la pared frontera la cubre una gran librería con centenares de volúmenes, embujados en ella. De las demás paredes penden varios cuadros, entre ellos los retratos de Víctor Hugo, Shakespeare, Tolstoi é Ibsen. La mesa donde trabaja el intenso cronista hace

challán en el mirador. Son las doce y el sol caldea de plano, á través de los estores, esta habitación.

No espere, lector, que yo transcriba con la belleza de imágenes la briosa palabra de Manolo Bueno; pero en substancia, lo que sigue á este preámbulo fué lo que hablamos.

—Dígame, Manolo, ¿usted es de Bilbao?—comencé preguntándole.

—No, señor. Yo nací en Pau (Francia). Mi padre era argentino y mi madre vizcaína.

Dudó un instante. Después prosiguió resueltamente, al mismo tiempo que se ponía de pie.

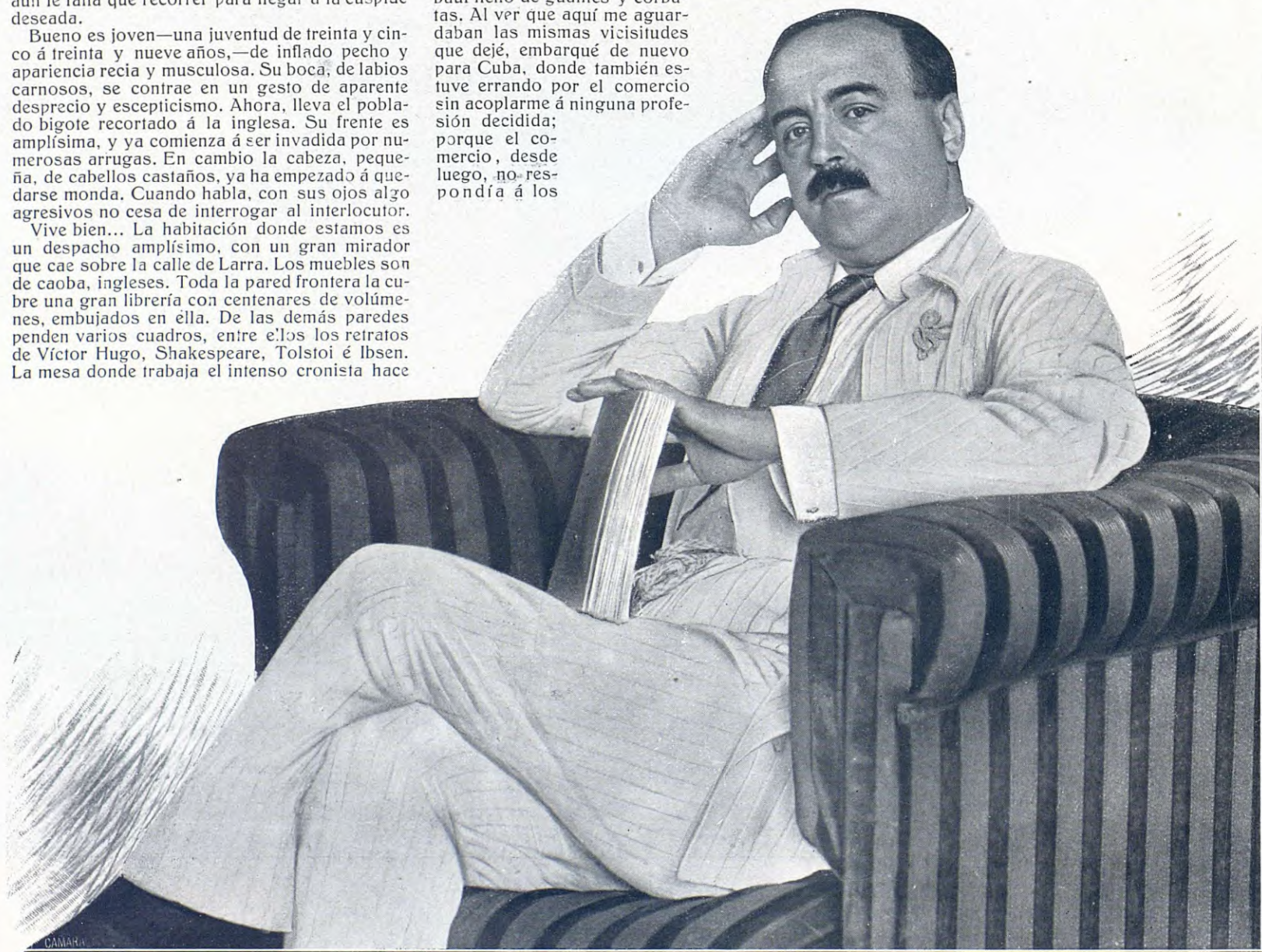
—Hay una cosa que yo no sé si debo decir, y es que mi madre, antes de contraer matrimonio, era Hermana de la Caridad en el Hospital de Durango. Estando allí conoció á mi padre. Con motivo de la guerra carlista, tuvieron que emigrar á Francia. Esta es la razón de por qué nací yo tras los Pirineos.

Se detuvo. Yo continué mi interrogatorio.

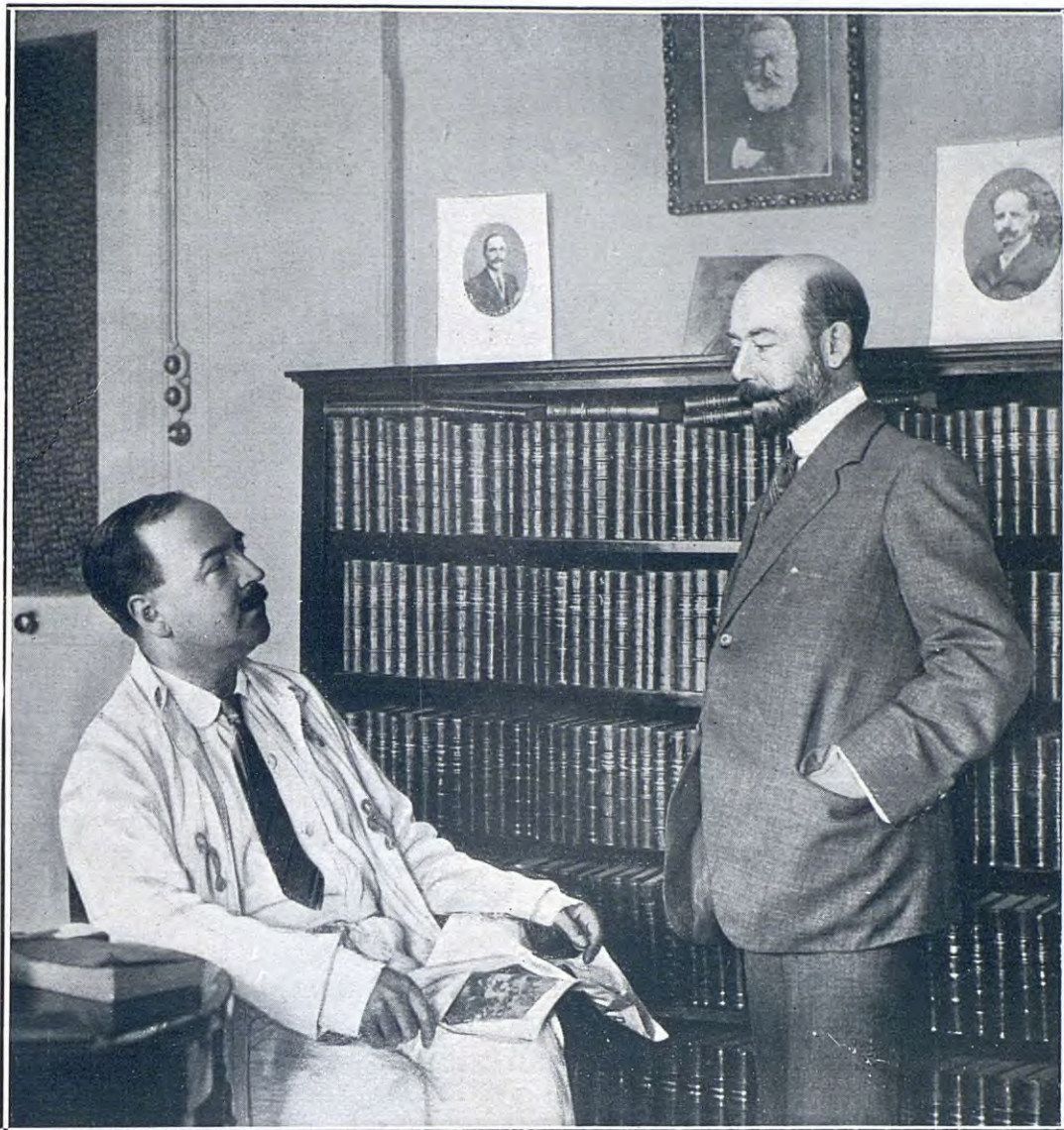
—Siga, Manolo. ¿Dónde estudió usted?

—En ninguna parte. Yo no soy ni bachiller siquiera. Es decir, que yo no poseo ningún título con el cual cuatro ó seis señores, que mientras examinan á uno están pensando en sus conflictos familiares, conceden competencia á un individuo sobre determinada cosa. A los trece años marché como emigrante á la Argentina... Allí, en la Pampa, estuve trabajando en diversos ramos del comercio. Fracasado en esta mi primera salida, volví á España, sin más equipaje que un baúl lleno de guantes y corbatas. Al ver que aquí me aguardaban las mismas vicisitudes que dejé, embarqué de nuevo para Cuba, donde también estuve errando por el comercio sin acoplarme á ninguna profesión decidida; porque el comercio, desde luego, no respondía á los

dictados de mi disposición. Yo he sido un gran admirador del bandolerismo; pero del bandolerismo audaz y temerario que demanda á pecho descubierto y que se juega la vida; el comeriante ¡la verdad!... me ha parecido siempre un bandolero cauteloso y que no expone nada. Bueno; el caso es que el comercio me asquzó decididamente y entonces torné á España. A mi llegada me instalé en Bilbao con mi familia y empecé á escribir en los periódicos locales. Claro, que, como la vida se me había presentado muy dura, mi literatura era de espinas, casi anarquista. A los veinte años publiqué mi primer libro, que era de cuentos y lo titulaba *Viviendo*. No merece la pena de leerlo. A poco de esto vine á Madrid al mismo tiempo que Ramiro de Maeztu, el cual me parece uno de los cerebros más poderosos de España. Caí en *El Resumen* donde me dí á conocer entre diez ó doce personas que eran los lectores que tenía este periódico. Luego entré en *El Globo* que dirigía Francos. Allí hice un periodismo violento. Todas las mañanas, al despertar, me preguntaba «¿A quién agrediré yo hoy?»... Después entré en *La Correspondencia de España*. Por incompatibilidad de ideales, y por lo tanto, de caracteres, con Romeo, tuve que marcharme de *La Correspondencia*. Romeo, se encargó de ponerme jabón en las escaleras, y claro, resbalé... Bajo el patrocinio del bueno de D. Alberto Aguilera, nos reunimos unos cuantos escritores, y fundamos una revista titulada *Madrid*. La dirigía yo, y el pobre Manolo Carre-



Retrato de Manuel Bueno, hecho para "La Esfera" por Campúa



Manuel Bueno, en su gabinete de trabajo, acompañado de su secretario

FOT. CAMPÚA

tero era el redactor-jefe; en la redacción figuraban plumas de tanta valía como las de Ledesma y Maeztu. Mientras tanto, era yo secretario de Eusebio Blasco, á quien conservo un cariño filial. Luego pasé al *Heraldo* y para este periódico, donde sigo, no puedo tener más que elogios, dadas las atenciones que guarda conmigo.

—¿Y de libros?...

—Libros tengo publicados *Almas y paisajes*, *Jaime el Conquistador* y *Corazón adentro*.

—¿Cuál es el que ha obtenido más éxito?

—*Jaime el Conquistador* se vende más.

—Y de teatro ¿cuántas obras tiene usted?

—Dos estrenadas que son el *Talón de Aquiles* y *La mentira del amor*. María y Fernando tienen en su poder, para estrenar en la próxima temporada, una comedia que título *A puerta cerrada*. Como usted vé en mi labor literaria ha faltado el espíritu de sistema; no he sabido administrarme bien; puede decirse que por imposición del vivir he cambiado el oro literario por cobre periodístico.

Y Bueno deploraba con un gesto infantil lleno de sugestiva simpatía.

—Bah—le animamos desde nuestra modestia, pero con toda lealtad,—usted está muy bien situado, no debe usted quejarse.

—¿Cree usted?...—preguntó buceando mi gesto.

—Sinceramente—afirmé.

—No sé; ¡es tan penoso esto de tener que vivir del periodismo!

—¿Cuántas crónicas acostumbra escribir al mes?

—Generalmente una diaria.

—¿Trabaja usted por la mañana?...

—Casi siempre; y muchas veces en la cama.

—¿Vive usted de lo que le produce la pluma?...

—Amigo *Audaz*; la pluma no me produce arriba de ciento cincuenta duros al mes y el resto, que yo necesito, me lo traen los dioses previsores. Los ingleses tienen como máxima: *Dios y mi derecho*; yo tengo como máxima: *Dios y mi ingenio*. Existe una divinidad que los griegos se olvidaron de incluir en la mitología: es *Lo Imprevisto*. Este dios es el que ha velado por mí toda

la vida y al que encomiendo la resolución de los más aflictivos asuntos. Y tengo seguridad de que me saca del paso siempre.

Reimos. Insistió él con vehemencia, al mismo tiempo que nos ofrecía un cigarrillo. Lo encendimos y después:

—¿Qué libros prepara usted para plazo próximo?...

—No sé... no sé—titubeó un instante.—Por lo pronto tengo el propósito de publicar uno de crítica, *El Teatro contemporáneo*. También pienso dar este invierno, otro titulado *Del Misterio*, que es una recopilación de todo lo dicho sobre la eternidad, por las religiones, la ciencia, la filosofía, la literatura, etc. En este libro recogeré todas las hipótesis que sobre el misterio del *Más allá* están en circulación. De mi cosecha no pondré nada; porque yo ni niego ni afirmo. He de advertirle á usted que tal vez por haberlo heredado de mi pobre madre, tengo una gran predisposición para creer. Yo siento mucho la emoción religiosa; me produce una voluptuosidad agradabilísima. Tras de este libro proyectó publicar *Las cenizas del Romancero*, seis volúmenes que abarcarán toda la vida política española, desde la revolución de Septiembre hasta nuestros días. Creo que esa páina está por llenar.

—¿Desde cuándo es usted diputado, Manolo?...

—Me hizo Canalejas. Al morir Canalejas quedé suelto y me fuí con Dato, por el cual tuve una gran simpatía.

—¿Y sigue usted con Dato?

—Estoy en la mayoría, es decir, con el Gobierno. Mi elemental deber de lealtad me impone la decapitación de mis ideas. En el parlamento español las mayorías no opinan libremente más que en los pasillos de la Cámara. Dentro del salón de sesiones no ejercen más derecho que el de la emisión de un monosílabo y no siempre discretamente.

—¿Qué opina usted de Maura? ¿Cree usted que volverá á gobernar algún día?

—Admiro y respeto profundamente á Maura. Soy de los que no le consideran ni mucho menos un despistado. Es, en política, un discípulo

de Kant, obstinado en crear conciencia colectiva, es decir, visión moral de los problemas y en subordinar la vida ciudadana al imperio de la ley. Si nuestro pueblo tuviese sensibilidad espiritual lo arrancarían al destierro, obligándole á gobernar desde mañana. Solamente en un país de la inercia ética del nuestro y de su bárbara incultura, ha podido hacer camino la suposición de que sea Maura un diciador á la manera de Oliniero Cronwell...

—Y de los liberales ¿qué me dice usted?

—En primer lugar yo dudo de que subsista el turno entre dos partidos. El régimen mismo empieza á sentirse ahogado dentro de ese sistema, que tuvo su razón de ser en tiempos de Cánovas y Sagasta, recién restablecida la monarquía en España. Creo que vamos de prisa á los gobiernos circunstanciales, forjados con elementos de una mayoría que se concrete á mantener la cohesión doctrinal del partido. Aun dentro de la presente etapa conservadora espero yo ver por lo menos tres ministerios; uno presidido por el Sr. Sánchez de Toca, cerebro luminoso de vasta cultura, que domina experimentalmente todos nuestros problemas interiores y exteriores; otro presidido por González Besada, que representa la izquierda conservadora, y finalmente un tercer gabinete que será dirigido por D. Juan Cierva. Este último será tal vez el más duradero y acaso el más fértil en iniciativas gubernamentales... Es necesario que nos gobiernen cerebros que revolucionen la vida nacional; porque en España lo único perfectamente organizado hasta ahora, es la injusticia. Tanto á Maura, como á Sánchez Toca, como á Cierva, los creo hombres muy capaces de renovarnos y hasta purificarnos políticamente.

—Pero, veo que elude usted la respuesta acerca del porvenir de los liberales.

—Mire usted, con franqueza: yo creo que gobernará Romanones, porque el desalojar al conde de una posición conquistada es más difícil que echar á los alemanes de Bélgica... El marqués de Alhucemas, que no obstante su talento y su seriedad es hombre modesto, le cederá el paso mediante alguna garantía doctrinal, esto es, de índole política, á la que el conde, según su costumbre, será infiel... Claro es que si Villanueva, Alba y Burell, que suman con Gasset toda la inteligencia y la energía para la acción del partido, disintieran del conde en algo fundamental, la posición de Romanones se vería comprometidísima...

—¿Por qué?

—Porque el conde, que es por temperamento un cándido, carece de programa. Al subir al poder nos dió desde la prensa un índice de reformas que han quedado inéditas. Canalejas, sólo, aislado, era una fuerza porque encarnaba una corriente innovadora... Tenía un programa... Así como el simpático Dato representa el escepticismo extático, el conde de Romanones es el escepticismo dinámico... Dato tiene por ideal la quietud bien vestida; Romanones el ruido infecundo. ¿Puede un país como el nuestro, en el que todo está por hacer, resignarse con esas realidades gobernantes?..

Hubo una ligera pausa. Bueno hizo un leve encogimiento de hombros como sacudiendo el peso de la fatalidad política. Después se acarició el bigote. Yo esperaba mirándolo atentamente.

—En política soy ave de paso—añadió—prefiero ser académico á ser ministro. Pero aquí se dá el caso estupendo que hasta la Academia está supeditada á la vida política. Es decir, ¡hasta la justicia literaria! Mientras que casi todos los ministros son académicos, hay literatos como Cavia, Valle Inclán, Unamuno, *Azorín*, Baroja, Cejador y otros de positivo mérito que no consiguen tal distinción... ¿Hay nada más absurdo?

Y el joven maestro, tras de estas palabras que fueron una varonil increpación, quedóse en pie ante mí con los brazos abiertos y los ojos interrogadores. Era un gesto gallardo de exaltado.

También sentí yo que se irritaban mis nervios: Señores—pensé para mi caltre,—ya que los ministros se apoderan de sillones de la Academia, creo llegado el momento de que nos apoderemos nosotros de las carteras ministeriales.

Y ya de pie, cuando con un cordial apretón de manos nos despedíamos, Manolo Bueno y yo, recordando una omisión en mis preguntas, no pude por menos de exclamar:

—Nadie lo diría ¿eh?... Tres horas conversando con usted que es un formidable crítico y hemos hablado de todo menos de literatura y teatro contemporáneo...

LA MODA FEMENINA

La estación actual es pródiga en transformaciones. No se limitan estas al vestido únicamente. El ansia de renovación se ha apoderado lo mismo del traje, que del sombrero, peinado, calzado y hasta de la ropa interior. Nunca he conocido una temporada de actividad tan febril como la presente. Así me explico que lleguen momentos en los que mis amigas y lectoras no sepan qué hacer. Yo misma me confieso un poco aturdida y confusa dentro de este maremagnum de la moda que no nos deja tranquilidad ni reposo para estudiar la forma ó el estilo que mejor pueda armonizar con nuestras condiciones físicas.

Esto, como todo en el mundo, tiene sus ventajas grandes y sus extraordinarios inconvenientes. En aprovechar las primeras y salvar los segundos consiste, pues, el talento y la habilidad y en demostrarlos debemos poner nuestro cuidado. El momento actual de la moda revela un amplio espíritu liberal y yo, que por temperamento soy un poco revolucionaria, como ya saben ustedes, estoy encantada de esta tendencia, aunque reconozca y proclame algunas veces y ahora entre ellas, que es muy difícil salir airosa de tanta confusión.

Por eso precisamente es más digno de elogio el acierto. De entre esta verdadera anarquía de la forma y el color salir triunfante es acreditar de manera indudable el fino gusto, la condición de la elegancia, el dominio seguro y pleno del arte de vestir. Y ya tienen uste-



Sombrero de última novedad



Túnica rusa

Jubón semientallado

Falda de volantes

des señalada alguna de las ventajas de que hablaba antes. ¡Pero en cambio los inconvenientes!... Imaginad, queridas, á esas pobres señoritas ajenas por completo de los más elementales conocimientos artísticos. Pensad en unos espíritus cerrados á cal y canto á toda innovación y á toda sensibilidad ante cualquier manifestación de belleza y compadecedlas si las adivináis contemplando una revista de modas, un patrón de figurín barato, muy lleno de colores agresivos que ofenden á la vista y maestros de exotismo y de extravagancias.

Yo no puedo ser piadosa para ellas porque nos ponen en ridículo. Lo más estafalarío, lo que está más en pugna con sus proporciones y con su figura es siempre lo que eligen. Creen que el vestido no tiene más propósito que llamar la atención y lastimosamente preparadas salen á la calle convencidas de que van á la Moda y de que la sensación de crítica y de burla que va señalando su paso, es admiración que manifiesta la gente por sus *toilettes*.

Figúrense ustedes si con razón me aterro pensando en que la moda abarca desde el sencillo vestido hechura sastre al complicado y peligroso de volantes pasando por los de jubón semientallado, directorio, túnicas, lisos, drapeados y por toda la serie de colores conocidos, lo mismo vivos que suaves, igualmente de un tono, que formando los más caprichosos dibujos y los más distintos cuadros, rayas y combinaciones.

El desacierto en elegir origina los ataques y las censuras á la Moda. Y ciertamente no es la Moda merecedora de tales ataques.

Nada hay más sugestivo ni más encantador que una mujer bien vestida. Bella, arrogante, dominadora, se le rinden todas las admiraciones y se le ofrendan todas las alabanzas.

Entonces no se esgrimen censuras contra la Moda y como la Moda es eso precisamente, espiritualidad, sencillez, distinción y belleza, no debe cargar con las culpas de quienes no saben comprenderla ni pueden llegar á interpretarla.—ROSALINDA

DESCUBRIMIENTO MISTERIOSO y SENSACIONAL

EL HOMBRE MÁS EXTRAORDINARIO DEL MUNDO

LA MAGIA HA HECHO CÉLEBRES
A MUCHOS HOMBRES

CÓMO HACER FORTUNA

En la naturaleza hay secretos profundos, que sólo a fuerza de largos años de estudio ha llegado a comprenderlos un hombre.



Hace noventa años apareció un hombre singular de un poder asombroso, que con su magia traía revuelta a toda la ciudad. Realizaba maravillas que había aprendido en tierras lejanas y en las fragosidades de las comarcas indostanas.

En el último correo ha llegado la noticia de un gran invento, el cual introducirá una verdadera revolución en las ciencias ocultas.

!!! GRATIS!!!

Pedir, pues, el libro remitiendo vuestra carta bien franqueada así:

DR. LAS DE MEREÇO
4 Rue Greffulhe, Paris, Francia

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: Francisco Verdugo Landi ☐ Gerente: Mariano Zuvala

Número suelto: 50 céntimos
Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses . . 15 „	Seis meses . . 25 „
ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA	
Un año 25 pesos, moneda nacional	

PAGOS ADELANTADOS

Diríjense pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◊ Apartado de Correos, 571 ◊ Dirección telegráfica, Telefónica : : : y de cable, Grafimun ◊ Teléfono, 968 : : :

CREACIONES "KEPTA"

LAS PERLAS KEPTA Y LAS PIEDRAS DE COLOR RECONSTITUIDAS
STÁN MONTADAS EXCLUSIVAMENTE CON BRILLANTES VERDADEROS EN ARTÍSTICA.
MONTURAS DE PLATINO Y HAN OBTENIDO EL PRIMER PREMIO
Y MEDALLA DE ORO EN PARIS

NO TENEMOS SUCURSALES NI AGENTES: NUESTRA ÚNICA CASA EN ESPAÑA ESTÁ EN
MADRID: 2, CARRERA DE SAN JERÓNIMO

PARIS

36, B.D DES ITALIENS

S.^T PETERSBOURG
21, MORSKAYA

KISLOVODSK
PERSPECTIVE GALITZINSKY

MOSCOU
6, KOUSNETZKI MOST

LABORATORIO
AVENUE PIERRE BLANC
MONTMORENCY FRANCE

Jabon Flores del Campo

Supera al mejor extranjero

Creacion de la
"Perfumeria
Floralia"
GRANADA 2, Madrid



T. Xantani
Paris 1916

He llorado mucho porque la chacha al lavarme, me ha metido jabon en la boca y tu me dijiste que esto era muy malo.

Si pero era con los otros jabones con el jabon Flores del Campo no importa

Pts. 1,25 en las buenas perfumerias



res.
137